



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 114.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Los marineros del Avon en Southampton; grabado. — Antiguas universidades españolas. — Una hora de tristeza. — El istmo de Suez; grabados. — Revista de Paris. — La Casdaml. — Expedicion de Crimea; grabados. — El combate de la vida. — Las visiones de la noche en los campos; grabados. — Boletín científico. — La cueva de los Gigantes; grabados.

Los marineros del Avon en Southampton.

Mas de uno de nuestros suscritores conoce seguramente las plácidas fisonomías de marineros que se ven representadas en nuestro dibujo, y que pertenecen á la tripulacion del buque inglés *el Avon* que tantas veces ha surcado los mares con los números del *Correo de Ultramar* entre su cargamento. Pero en el dia *el Avon* ha abandonado momentáneamente su tarea pacifica y se ocupa en el transporte de soldados y pertrechos de guerra á la Crimea, por cuenta del gobierno británico. Nuestra lámina figura la vuelta de aquellos marine-

ros á Inglaterra, despues de haber cumplido su última mision belicosa en Oriente, con la transformacion que acaban de sufrir al contacto de las cosas de la guerra. En efecto, esos disfraces militares que contrastan de un modo tan notable con sus semblantes de marineros ingleses, son otros tantos despojos de los rusos, ganados por las armas británicas que ellos lucen orgullosamente á su desembarco por las calles de Southampton. La alegría que brilla en los marineros del *Avon* se refleja en los rostros de sus compatriotas, que, con el interés que inspira á los ingleses todo lo relativo á la guerra presente, siguen en tumulto al son del tambor moscovita, esa procesion original tan patriótica como grotesca.



Paseo de marineros del buque inglés *Avon*, de vuelta de la Crimea, por las calles de Southampton.

Antiguas universidades españolas.

(Artículo primero)

España es quizá el país de Europa que mas universidades ha tenido. En los tiempos de su grandeza, reyes, magnates y prelados compitieron á porfía en dotar á su patria de estos centros del saber; y no parece sino que al propio tiempo que se llevabamos nuestras armas hasta los países mas remotos, queriamos tambien ser los primeros en los dominios de la inteligencia. La mayor parte de estos famosos establecimientos han desaparecido, quedando solo un escaso número de ellos, y aun estos es posible que se reduzcan todavia mas dentro de poco tiempo: no estará por lo tanto de mas el hacer una ligera reseña de los que han existido, y decir algo tambien acerca de su organizacion y enseñanza.

Las universidades tuvieron origen en Europa hácia el siglo XII, célebre por el impulso que entonces recibió la enseñanza lanzada por los escolásticos en nuevas vías de progreso; y poco despues penetraron en España que ya empezaba á tener comunicaciones mas frecuentes con los países de allende los Pirineos. No habian faltado, sin embargo, hasta entonces entre los cristianos libres de la Península escuelas mas ó ménos célebres, existiendo de tiempo inmemorial las llamadas monásticas y eclesiásticas. Sabido es que los monjes, dedicados no solo á la vida contemplativa, sino tambien al estudio, tenian en casi todas sus casas algunas enseñanzas para los que intentaban abrazar este estado. No tuvo ménos celo el clero seglar. Apenas se reconquistaba un pueblo importante sobre los moros, y en él se fundaba una iglesia ó catedral, cuando juntamente con el cabildo que habia de servirla, aparecía una escuela á cargo del eclesiástico mas idóneo, por la urgente necesidad de dotar al país de pastores espirituales. Antigua es en las catedrales la dignidad de maestro-escuela que designó primero aquel maestro, y mas adelante el jefe de los demás maestros para gobernar el cuerpo de enseñanza, como delegado del obispo, del dean ó del cabildo. Al paso que se afirmaban y engrandecian las monarquías cristianas, conocióse la necesidad de que la enseñanza no se limitase á los eclesiásticos, y los seglares hubieron tambien de empezar á instruirse en las diversas materias que les convenia saber. Acudieron primero á las anteriores escuelas; mas no bastando estas, hubieron de erigirse otras que se llamaron seculares por hallarse ya fuera del recinto de las iglesias y monasterios, y por la clase de alumnos que á ellas asistian, aunque regentadas aun por maestros pertenecientes en su mayor parte al clero. Así nacieron los *Estudios particulares y generales* que se multiplicaron con poca escasa profusion, y que produjeron todos varones eminentes.

De consiguiente, no porque nuestras universidades empezaran á fundarse en el siglo XIII, debe inferirse que hasta entonces careció España de escuelas para la enseñanza de las diferentes ciencias, aun las mas elevadas. Las hubo y no pocas, y de bastante celebridad. Lo cierto, sí, es, que hasta entonces no se las dió el carácter y preeminencias de tales universidades, habiéndose confundido generalmente el aumento de aquellas escuelas y su definitiva constitucion, con los principios de las mismas, que respecto de algunas se remontan hasta una antigüedad desconocida. La creacion de las universidades no fué la creacion de la enseñanza: fué una nueva forma que esta tomó en fuerza de las diversas circunstancias traídas por los tiempos.

¿Qué diferencia habia entre *estudio general y universidad*? Los estudios generales se erigian por la sola autoridad del príncipe, y las universidades necesitaban la concurrencia del papa, por razon de la supremacia que desde antiguo se arrogaba la iglesia sobre la direccion intelectual de los pueblos cristianos. Esta supremacia no fué tan omnimoda en España como en los demás países de Europa, mientras duró el gran peligro de la lucha con los musulmanes; mas desde Alfonso VI y la conquista de Toledo, creció cada dia entre nosotros la influencia romana, llegando al fin un dia en que á imitacion de lo que en otras partes pasaba, se tuvo ya por cosa indispensable la autorizacion pontificia para toda clase de estudios.

Aumentaba la necesidad de esta autorizacion, la de dotar las escuelas de modo que pudieran sostenerse con alguna amplitud y decoro. Escasos eran los recursos del gobierno; y no hubo mas remedio, queriendo tener universidades, que acudir adonde estaba la mayor riqueza, esto es, al clero, el cual tenia contraido ademas en este punto un deber indeclinable por esa misma supremacia que le hiciera entonces señor del pensamiento. Las rentas eclesiásticas sufragaron, pues, la mayor parte de los gastos universitarios, mediante concesiones de los sumos pontífices.

Diferenciábanse tambien los estudios generales de las universidades en los privilegios de que gozaban así maestros como escolares; y en la calidad ó validez de los títulos y grados. Los estudios generales nunca dieron mas título que el de maestro, y aun este contraido á cierto territorio; en vez de que los de universidad eran extensivos, no solo á todo el reino, sino tambien á toda la cristiandad. Los graduados en estas escuelas podian enseñar en cualquiera de las universidades de Europa, como lo hicieron muchos españoles en las de Italia y Francia.

Suele haber un error acerca del nombre *universidad*, creyéndose que se da á estas escuelas porque en ellas se enseñan todas las ciencias, de donde se infiere que

no lo merece la que no se halla en ese caso. No es así. Universidades han existido siempre sin reunir todas las facultades. Esta palabra no se ha aplicado nunca, ni se aplica todavia exclusivamente á establecimientos de enseñanza: significa por punto general, una comunidad, cuerpo ó asociacion de muchas personas para un fin cualquiera; y así es que tratándose de escuelas, no se dice solo entre nosotros *universidad*, sino que se le añade la calificacion de *literaria*, para expresar que se refiere á una reunion de personas consagradas á esta clase de tareas; si bien la costumbre ha hecho ya que aquella voz se extienda hoy muy especialmente bajo este último sentido.

Sentados estos preliminares, vamos á indicar por órden cronológico las varias universidades que han existido en España, ó por lo ménos las que han llegado á nuestra noticia.

Palencia. Esta poblacion tuvo ya un estudio célebre en tiempo de los godos. Destruída la ciudad en la invasion sarracena, la repobló Don Sancho el Mayor, en 1035, dando este encargo al obispo Don Poncio, que restableció la catedral y los estudios. Estos fueron considerablemente aumentados por Don Alonso VIII hácia los años de 1212 y 1214, por cuya razon se le tiene por fundador de la universidad de Palencia, que realmente no mereció jamás este nombre por no haber llegado á obtener la autorizacion pontificia. Como quiera que sea, duró poco esta escuela, no existiendo ya en 1260, por haberse disuelto, segun unos, y segun otros por haber sido trasladada á Salamanca ó Valladolid.

Salamanca. En el siglo XII existia ya desde antiguo en Salamanca una escuela eclesiástica. El rey Don Alonso IX la convirtió en estudio general, á fines del mismo siglo, añadiendo á las enseñanzas teológicas otras muy importantes, por lo cual dicese que fué el fundador de esta universidad que realmente no obtuvo este carácter hasta que D. Alonso el Sabio obtuvo el correspondiente breve del papa Alejandro IV en 1255. Alfonso protegió y engrandeció mucho esta escuela que llegó á ser la primera de España y una de las cuatro principales de Europa, siendo las otras tres las de París, Oxford y Bolonia. En ella se explicaron todas las facultades; y fué una de las tres llamadas *mayores*.

Lérida. Despues de la de Salamanca, fué esta universidad la mas antigua de la Península, y la primera que se estableció en la corona de Aragon. Fundóla el rey D. Jaime II, en virtud de autorizacion que obtuvo del papa Bonifacio VIII, en 1300. En ella se enseñaban todas las facultades, y duró hasta el año de 1714 en que Felipe V la extinguió con todas las demás de Cataluña para fundar la de Cervera.

Murcia. En 1310 dicese que se fundó esta universidad, situándose en el convento de dominicos; pero ninguna otra noticia hemos podido adquirir acerca de ella, y la época á que se hace ascender su establecimiento induce á creer que se redujo á una escuela puramente conventual para ciencias eclesiásticas.

Valladolid. Pretende la universidad de Valladolid ser la misma que la de Palencia, trasladada de esta ciudad á aquella, pero sin designar época cierta. Valladolid tenia ya escuela eclesiástica desde su poblacion por Pedro Assurez, y consta que en tiempo del rey sabio existia en ella un estudio general muy acreditado. Sin embargo, no adquirió carácter de universidad hasta el reinado de D. Alfonso XI, mediante bula del papa Clemente VI dada en 1346. Se la autorizó para enseñar todas las ciencias permitidas; y fué una de las tres mayores.

Huesca. Al romano Sertorio que estableció en Huesca un gimnasio, atribuyen los historiadores de la misma la fundacion de esta escuela, no obstante su completa desaparicion en los siglos posteriores. Su recuerdo, no obstante, fué el que impulsó á los habitantes de la ciudad á solicitar del rey D. Pedro IV de Aragon, la ereccion de una universidad, á lo que accedió por privilegio dado en 1354, dejándose entonces de impetrar la autorizacion del papa, que no se obtuvo hasta el año de 1464, mediante breve de Paulo II. Enseñó primero todas las facultades; pero estaba limitada á jurisprudencia y teología, cuando fué suprimida en 1845.

Luchente. Establecióse esta universidad en el convento de San Francisco de aquel pueblo, en 1423, siendo confirmada por el papa Sixto V. Nada mas sabemos respecto de ella.

Barcelona. Se fundó en 1430 por la misma ciudad; mas faltándole la validez necesaria, se acudió en 1450 al rey D. Alonso V que la autorizó, previa la correspondiente bula de Nicolao V, para enseñar todas las ciencias. Duró esta escuela hasta 1714 en que la suprimió Felipe V; pero ha sido restablecida en 1837, á consecuencia de suprimirse á su vez la de Cervera.

Gerona. En el año de 1446 suplicó la ciudad de Gerona al rey D. Alonso IV le concediese la facultad de erigir estudios generales, á lo que accedió el monarca; pero no obtuvo la confirmacion pontificia hasta mucho mas tarde, en 1605, por bula de Paulo V que ratificó Felipe II; y duró enseñando todas las ciencias honestas hasta que fué suprimida por Felipe V.

Sigüenza. Fundóse esta universidad en 1472 para enseñar lo que en las demás del reino. En 1770 quedaron reducidos sus estudios á la filosofía y la teología. El plan

de 1807 la suprimió: restablecióse despues y cesó en 1837.

Zaragoza. Tambien los historiadores zaragozanos atribuyen la creacion de esta escuela al emperador Augusto, que en efecto estableció en aquella poblacion unos estudios que bajo diferentes formas se conservaron, aun en tiempo de los moros, trasladándose despues de la reconquista al sitio que ocupa ahora la universidad. Entonces varios prelados aumentaron sus enseñanzas y dotaron la escuela que, sin embargo, hasta 1474 se conoció solo con el nombre de *Estudio viejo*. En este año, el papa Sixto IV, á instancias del arzobispo D. Juan de Aragon, expidió un breve á su favor, quedando declarada universidad de artes y filosofía; y solo hasta el reinado de Carlos I, en 1542, quedó autorizada para enseñar tambien teología, cánones, leyes y medicina, gracia que confirmó la santidad de Paulo IV, en 1555.

Avila. La universidad de Avila fué fundada en 1482 por los reyes católicos que la dotaron con los bienes confiscados á los judíos, y enseñó artes, teología, cánones, y algún tiempo leyes. El plan de 1807 la suprimió; restablecida despues, el de 1824 la dejó reducida á colegio para el estudio de las instituciones filosóficas y la teología: mas no pudo subsistir por falta de concurrencia.

Valencia. Conquistada Valencia por D. Jaime I en 1238, este monarca le concedió un privilegio para 1ª libre enseñanza, de cuyas resultas abriéronse multitud de escuelas. Produciendo esto confusion y anarquía, san Vicente Ferrer emprendió reunir todos estos estudios en uno solo general, y lo consiguió en 1450; pero no obtuvo esta escuela el carácter de universidad hasta el año de 1500, á virtud de bula expedida por Alejandro VI que confirmó al rey D. Fernando el Católico, autorizándola para enseñar todas las ciencias.

Santiago. A últimos del siglo XV existia en Santiago un antiguo estudio de gramática. No bastando para las necesidades de la poblacion, D. Diego de Muros, obispo de Canarias, el dean del propio nombre y apellido, y Lope Gomez de Mariva, notario del número, otorgaron en 1501 escritura para la creacion de otro estudio que segun sus intenciones debia tener el carácter de universidad, á cuyo efecto impetraron la autorizacion del papa Julio II que la otorgó en 1504, recayendo la aprobacion real en 1509 por cédula de D. Fernando el Católico. Amplió las enseñanzas de esta universidad el arzobispo Fonseca, cuyas disposiciones, sin embargo, no tuvieron efecto hasta 1557 en el reinado de Felipe II; pero la definitiva constitucion no se verificó hasta el tiempo de Felipe III en 1613. Desde entonces se enseñaron todas las facultades.

Alcalá de Henares. A petición del arzobispo de Toledo, D. Gonzalo Garcia Gudiel, el rey D. Sancho el Bravo concedió un privilegio en 1293 para fundar en Alcalá una escuela con las prerogativas que entonces tenia el estudio general de Valladolid. No tuvo efecto este acuerdo hasta que el arzobispo D. Alfonso Carrillo acudió á la Santa Sede, obteniendo bula de Pio II en 1459. Sobre estos fundamentos vino el cardenal Jimenez de Cisneros á trazar la obra de su universidad, obteniendo de Alejandro VI dos bulas, para la creacion de un colegio y de una universidad, y publicandó las constituciones en 1513. La creacion fué solo para artes y ciencias eclesiásticas: posteriormente se añadió la medicina; y solo en 1771 se establecieron dos cátedras de derecho civil. Los planes posteriores organizaron en esta universidad la enseñanza completa de la jurisprudencia, pero en cambio perdió la medicina. Fué la tercera de las mayores, y ha durado hasta el año de 1836. Trasladaada entonces á Madrid, con los aumentos que ha recibido por el plan de 1845, es hoy, como universidad central, la primera del reino.

Sevilla. Hallándose en Búrgos el sabio rey D. Alonso X año de 1256, dió á favor de Sevilla un privilegio para abrir estudio y escuelas de latin y arábigo, y no contento con esto, solicitó del papa el establecimiento de un estudio general de todas las facultades, segun consta de una bula de Alejandro IV, en 1260; mas las desgracias de su reinado no le permitieron cumplir su deseo, quedando solo entonces y hasta mucho tiempo despues, un estudio de latin y religion sostenido por el cabildo eclesiástico en el colegio de San Miguel. En el reinado de Isabel y Fernando, se reunieron el ayuntamiento, el arzobispo y el arcediano-Rodrigo Fernandez de Santaella para fundar casas de enseñanza con destino á la juventud andaluza, pero no se avinieron. La ciudad obtuvo de los reyes católicos en 1502 real cédula para establecer una universidad; Santaella, por su parte, consiguió bula del papa Julio II para erigir su escuela, cuyo edificio empezó á labrar en 1472; y por otro lado el arzobispo logró otra bula en 1516 para crear un colegio eclesiástico con facultad de conferir grados. Posteriormente el ayuntamiento cedió su privilegio á Santaella, el cual llevó á cabo su idea, estableciendo un colegio y universidad con el nombre de Santa María de Jesús, vulgarmente llamado de Maese Rodrigo. En tiempo de Carlos III se separó del colegio la universidad, la cual se situó en la casa profesa de jesuitas, recibiendo nuevos estatutos. La enseñanza varió segun los tiempos, aumentándose poco á poco, y llegando por fin á abrazar todas las facultades.

Toledo. Fundóse esta universidad en 1520 con real

probacion, por D. Francisco Alvarez de Toledo, maestre-escuela de aquella santa iglesia. Sus constituciones se publicaron en 1529. Enseñóse en ella filosofía, teología, cánones y leyes. El plan de 1807 la suprimió. En 1824 se autorizó su continuacion, y ha cesado en 1843.

Sahagun-Itache. En tiempo del rey de Castilla D. Alonso VI, se estableció una casa de estudios generales en el monasterio de San Benito de Sahagun, la cual, en 1534 obtuvo de la santidad de Clemente VII autorizacion para conferir grados, y todos los privilegios de universidad. Habiendo prohibido Felipe II que ningun natural de estos reinos pudiese estudiar en país extranjero, quedaba privada de medios de instruccion la juventud de Navarra; y con este motivo, excitó aquel rey á la religion de San Benito para que trasladase sus estudios de Sahagun al monasterio de Itache, cerca de Pamplona, lo cual se verificó mediante bula de Paulo V en 1603. Suprimida esta escuela en 1807, logró ser restablecida posteriormente; pero decayó tanto, que cesó en 1820.

Granada. Hallándose el emperador Carlos V en Granada, año de 1526, celebró una junta para acordar los medios de extirpar los restos que aun quedaban del mahometismo; y entre los que se acordaron fué uno, el de establecer una universidad, á cuyo efecto se impetró bula del papa, concediéndola Clemente VII en 1531. En ella se llegaron á enseñar todas las facultades.

Oñate. Esta universidad se erigió en 1542 por D. Rodrigo de Mercado y Zuarola, obispo que fué de Avila y virey de Navarra, obteniendo ántes bula de la santidad de Paulo III, con autorizacion para enseñar todas las ciencias permitidas, aunque nunca llegó á tener mas cátedras que las de filosofía y ambos derechos; continuó sin grandes vicisitudes hasta su supresion en 1842.

Gandia. San Francisco de Borja, duque de Gandia, fundó esta universidad, en virtud de bula de Paulo III, año de 1547, aprobada por Carlos V. Al principio se enseñó en ella gramática, filosofía y teología; despues se amplió hasta cánones y medicina. Aunque se hallaba esta escuela á cargo de los jesuitas, sobrevivió á la expulsion de la Compañia, hasta que en 1807 quedó suprimida.

Osuna. D. Juan Tellez Giron, cuarto conde de Ureña, erigió esta universidad en 1549 para artes, teología, leyes y medicina. Suprimida en 1807, y restablecida despues, cesó definitivamente en 1820.

Osuma. Fundada esta universidad en 1551 por D. Pedro Alvarez de Acosta, con el nombre de Santa Catalina, se enseñaron en ella artes, teología, cánones y leyes. El plan de 1807 la suprimió; el de 1824 la dejó con el caracter de colegio, y cesó en 1833.

Almagro. Esta universidad fué erigida por el emperador Carlos V en 1553, y hallábase colocada en el convento de Santo Domingo, reducida á artes, teología y cánones. Fué suprimida en 1807; pero realmente no dejó de existir hasta 1824.

Oropesa. Por D. Francisco Alvarez de Toledo, virey que fué del Perú, y natural de Oropesa, se fundó esta universidad de que quedan pocas noticias.

Baeza. D. Rodrigo Lopez, natural de Baeza, fundó en esta poblacion un colegio, con autorizacion del pontífice Paulo III, y advocacion á la Santísima Trinidad, en el año de 1538; pero este estudio no fué elevado á universidad hasta 1563, en virtud de bula expedida por Pío V. Enseñábase en ella artes y teología escolástica; continuó en tal estado hasta 1807.

Oriuela. Fundó esta universidad D. Fernando de Loaces, arzobispo que fué de Valencia, en virtud de bula expedida por Pío V en 1568. La reconoció Felipe IV por real cédula en 1646, y en 1653 fueron aprobados sus estatutos que permitian la enseñanza de primeras letras, gramática y filosofía. Posteriormente se ampliaron estos estudios á las demás facultades, excepto medicina. El plan de 1807 la suprimió; siendo restablecida posteriormente. El de 1824 la redujo á colegio, y cesó del todo en 1835.

Tarragona. Fué fundacion del cardenal D. Melchor Cervantes de Gaeta, arzobispo de Tarragona en 1572. El papa Gregorio XIII le concedió en 1574 la facultad de conferir grados. Enseñóse en ella gramática, filosofía y teología; quedando suprimida en 1714 por orden de Felipe V.

Vich. No se sabe en que época se fundó este estudio general; pero es cierto que hasta 1599 no se le autorizó para conferir grados, por concesion de Felipe III, y aun esto solo para filosofía. Felipe V, en 1702, extendió este privilegio á las demás carreras; mas poco le duró, quedando extinguida en 1714.

Oviedo. Fué fundada esta universidad por D. Fernando Valdés y Salas, arzobispo de Sevilla é inquisidor general, á últimos del siglo XVI, destinándola á la enseñanza de teología, sagrada escritura, leyes, cánones, filosofía, matemáticas, medicina y música; pero en razon á las contrariedades que sobrevinieron, no se logró el proyecto hasta el reinado de Felipe III, previa bula de Gregorio XIII, en 1604, y sin la extension que quería el fundador, enseñándose solo artes, teología, cánones y leyes.

Pamplona. — Estella. El convento de dominicos de

Pamplona tuvo una especie de universidad con cátedras de artes y teología, siendo aprobada esta escuela por bula de Urbano VIII en 1623, y orden de Felipe IV en 1630. Las córtes de Navarra acordaron en 1563 fundar una universidad en Estella, mas no se llegó á realizar este proyecto, á pesar de haberse mandado llevar á efecto por Felipe III en 1619 y bula de Gregorio X en 1621.

Mallorca. El célebre Raimundo Lulio fundó el seminario de *Miramar* para lenguas orientales; y en 1280 estableció en Palma varias escuelas para la enseñanza de su doctrina. Este fué el principio de la universidad de Mallorca que despues de muchas vicisitudes obtuvo por fin este carácter en virtud de privilegio de D. Fernando el Católico, año de 1483, privilegio confirmado por los sucesores de aquel monarca, pero que no llegó á tener cumplido efecto hasta 1626; y aun solo en 1673 se obtuvo la autorizacion del papa. Todavía retardaron nuevas dificultades la definitiva constitucion de la universidad hasta 1697. Enseñóse en ella artes, teología, leyes y medicina. El plan de 1807 no mencionó esta universidad para nada. Continuó abierta hasta 1830, en que se la convirtió en seminario conciliar.

Tortosa. Esta universidad no logró privilegio real hasta el año de 1645, en que le fué concedido por Felipe IV, habiendo obtenido ántes el pontificio. Fué suprimida por Felipe V con las demás de Cataluña.

Cervera. Ocupada Barcelona por las tropas de Felipe V, este rey formó el proyecto de reunir todas las universidades del principado, que eran seis, en una sola, lo cual dió márgen á la extincion de estas y creacion de la de Cervera, en 1714, donde se enseñaron todas las facultades, sin que precediese ya autorizacion pontificia, á no ser para la traslacion de ciertas rentas. A su vez, la universidad de Cervera ha sido suprimida en 1837, volviendo los estudios á Barcelona.

San Cristóbal de la Laguna en Tenerife. En virtud de una bula expedida en Roma por Clemente XI, año de 1701, confirmada por Felipe V en 1744, se estableció esta universidad que se mandó cerrar en 1747; restablecióse en 1817 por el rey Fernando VII, suprimiéndose de nuevo en 1830, y volviéndose á abrir en 1834, para quedar extinguida en 1845.

Madrid. Esta universidad no fué al principio mas que la continuacion de la de Alcalá, trasladada á la córte en 1836; pero desde el plan de 1845, debe considerarse como una universidad enteramente nueva, por la grande extension que se ha dado á sus enseñanzas.

Resultan, pues, ser treinta y seis los pueblos que han tenido universidad en España. A principios de este siglo quedaban veinte y tres: hoy se hallan reducidas á diez, que son: Madrid, como central; Barcelona, Granada, Oviedo, Salamanca, Santiago, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza.

En otro artículo diremos algo sobre la organizacion, gobierno y enseñanza de estos establecimientos en lo antiguo.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

Una hora de tristeza.

Hora de calma y silencio,
En que mi espíritu lucha
Con la esperanza que finge,
Con el dolor que le abruma :

Aunque atormentas el alma,
Tanto la mueves y ofuscas,
Que no sé si breve corres,
O si lentamente cruzas. —

En mi despierta memoria
Tristes recuerdos se agrupan
De mentidas ilusiones,
Que realizar no ví nunca :

Y aunque de goces mentidos,
Que el corazon me torturan,
Breve corres porque en ellos
Se embebe el alma, — aunque sufra.

Y así del dolor pasado
Tanto la imágen la ocupa,
Que el fiero dolor presente
Se mitiga aunque la angustia.

Mas ¡ay! que con crudo encono
En lo mas hondo me punza,
Y huyen los tristes recuerdos
Y queda su saña ruda :

Y eterna te haces entónces,
Hora de calma importuna,
Hora de amargo delirio,
De afán y tristeza suma. —

Mas del porvenir incierto
Mi mente las sombras busca,
Y en ellas un solo rayo
Que por un instante luzca :

Y miente la fantasía
Goces que apenas columbra,
Cuando sin piedad traidora
Esas sombras los anublan.

Entónces maz tenazmente
Mi pobre espíritu lucha
Con la esperanza que finge,
Con el dolor que le abruma.

Entre mentir ilusiones
Que naciendo se destruyan
Y apurar este quebranto
Miseramente fluctua :

Y la indecision terrible
Tanto le agovia y conturba,
Que no sé si breve corres,
O si lentamente cruzas.

Pero la esperanza vuelve,
Que no á su halago renuncia
Tan presto el alma, cual deja
Que los recuerdos le huyan.

Mas al fin, ¿qué alcanzo, triste?
¿Quién presta á mi pecho ayuda?
¡Incertidumbre funesta
Que duplica mi amargura! —

Así pasamos la vida
Entre congojas agudas,
Mientras la suerte implacable
De nuestros sueños se burla.

Y así delirando vamos
Por el campo de la duda,
¡Con la esperanza en el alma,
Y la verdad en la tumba!

RAMON ZAMBRANA.

El istmo de Suez.

OBSERVACIONES SOBRE SU TRAVESIA.

El importante proyecto relativo al istmo de Suez llama en extremo la atencion sobre este país tan poco conocido, tan poco visitado hasta hoy, pues los viajeros que atraviesan el desierto, siguen uno de los caminos que conduce del Egipto á la Palestina, y no la direccion transversal que no conduce á ninguna parte.

El terreno bajo que forma el istmo de Suez, se extiende al Oriente hasta el pié de las colinas sobre las cuales se hallan Jerusalem y Nazaret; y hácia el Occidente, á excepcion de algunas pequeñas montañas, puede decirse que se extiende atravesando el Bajo Egipto hasta el desierto de Sahara; pero aunque su suelo es en extremo igual, es muy variado por su naturaleza. Primeramente, en la Palestina, forma una rica llanura, donde crecen en abundancia los olivos, los naranjos, las palmeras, las higueras de Berberia, etc., aun hasta Gaza y Caniunis. Desde este último punto, el terreno empieza á presentar algunos montecillos y pequeños arenales hasta cerca del Ariche; aquí el país no es mas que una mezcla de colinas y de llanuras entrecortadas de dunas, y no se ve en él mas que una mezquina vegetacion, perdiéndose frecuentemente el camino bajo el movimiento de la arena. Desde el Ariche que forma el límite entre el Asia y el Africa, hasta el Delta, solo se encuentran terrenos incultos; el suelo está cubierto de arena, y por todos lados no se ve mas que un horizonte mas ó ménos cubierto por las dunas y matorrales. Una de nuestras viñetas da una idea de este aspecto.

Cuando se recorre este desierto, encuéntranse de tiempo en tiempo pantanos que muchas veces parecen mas bajos que el nivel del mar; el agua llega á ellos por infiltracion y tal vez por capilaridad, si su nivel es superior al del mar; y evaporándose bajo el ardor del sol, deja el terreno cubierto de costras salinas brillantes que asemejan de léjos á nuestras cascadas artificiales. Algunos de estos pantanos están rodeados de declives de arena, á cuyo pié crecen altas palmeras sobre un suelo ménos húmedo y arenoso. El viajero no las distingue hasta llegar á sus orillas; porque generalmente no exceden la altura del declive, á cuyo abrigo crecen protegidas contra los vientos. Al acercarse al lago Ballah, que por decirlo así, no es otra cosa que una hondonada del Mediterráneo que se extiende hasta un

tercio de la anchura del istmo en frente de Suez, las dunas presentan un aspecto muy desigual; unas veces nos veíamos obligados á dar grandes rodeos con objeto de encontrar un sitio por donde pudiesen pasar nuestros camellos; otras, al llegar oblicuamente hasta la mitad del declive, los camellos cansados de marchar sobre la arena se dejaban caer hácia atrás, obligándonos á buscar otro camino. Entre el lago Ballah y Suez, en la travesía más corta del istmo, hállase una depresión de terreno sembrada de dunas y de pantanos, cubierta toda de costras salinas de la misma especie de las que acabamos de hablar. Estos pantanos, bastante extensos por esta parte, se llaman lagos Amargos. El canal de comunicación de los dos mares será abierto en esta depresión, que conduce al puerto de Suez. (Véase el dibujo que acompaña.) Como el puerto no es bastante profundo para buques de grandes dimensiones, será necesario abrir un canal hasta la rada donde fondeen los buques. Continuando la travesía del desierto al llegar cerca del Delta, los arenales y las dunas desaparecen casi enteramente, y se ven reemplazados por la llanura más fértil del mundo.

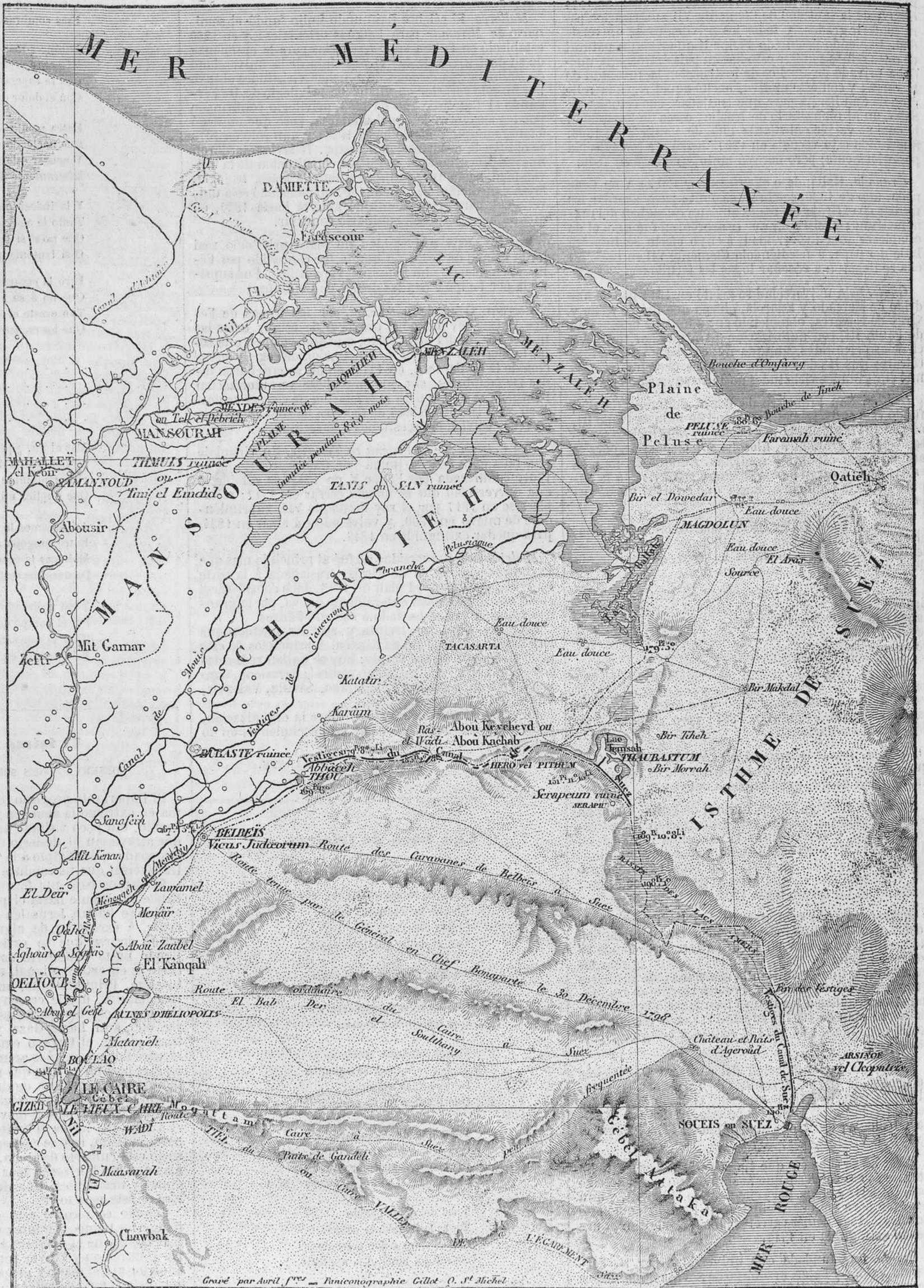
Se han ejecutado diferentes nivelamientos en frente de la abertura del istmo de Suez. El primero que fué practicado por los ingenieros agregados á la expedición de Egipto, da para el Mediterráneo una profundidad de 10 metros más bajo del nivel del mar Rojo. El nivelamiento ejecutado últimamente por los ingenieros franceses encargados de los trabajos públicos de Egipto, bajo la dirección de M. Linant-Beg, da una diferencia insignificante, ó más bien demuestra el nivel de ambos mares. En vista de esta contradicción, es natural indagar quien se equivoca. Según el informe, publicado con este objeto por el ingeniero Le Père, en la descripción del Egipto, el declive de la inundación entre el Cairo y el Mediterráneo es de 40 piés (39 p. 7^o 3 l.). Suponiendo este declive regular, la altura de la inundación en el sitio por donde se introduce en el antiguo canal, en Abbaceh, sería 20 piés más baja que en el Cairo, hallándose este como á la mitad de distancia del Mediterráneo ó del lago Menzaleh, que casi conserva el mismo nivel (véase el plano adjunto); pero la inclinación del terreno entre el Cairo y Abbaceh no es solo de 20 piés, sino de 25, al paso que solo tiene 4, río abajo hasta el mar. En efecto, esta diferencia de nivel es natural en la parte superior del Delta, porque el agua, lo mismo que el suelo formado por ella á su salida del estrecho valle del Nilo, debe bajar más rápidamente en el momento en que su desembocadura se ensancha súbitamente y los canales pierden su acción.

Según el informe mencionado, el nivel del bajo mar, en Suez, sería inferior á la inundación en el Cairo de 7 piés 7^o; por consiguiente sería superior á esta misma inundación á la entrada del canal en Abbaceh, por lo menos de 6 á 8. Veamos sin embargo, según el dicho in-

forme, lo que ha demostrado el resultado de la inundación. «Habiéndose roto el dique de Ras-el-Uad que forma la entrada del canal, las aguas marchan rápidamente hasta *Saulon Cheykh Henady* (ó Elnedi), que no dista más que once ó doce leguas del fondo del golfo árábigo.» No obstante, según el nivelamiento, este punto estaría tan elevado como el alto mar en Suez, es

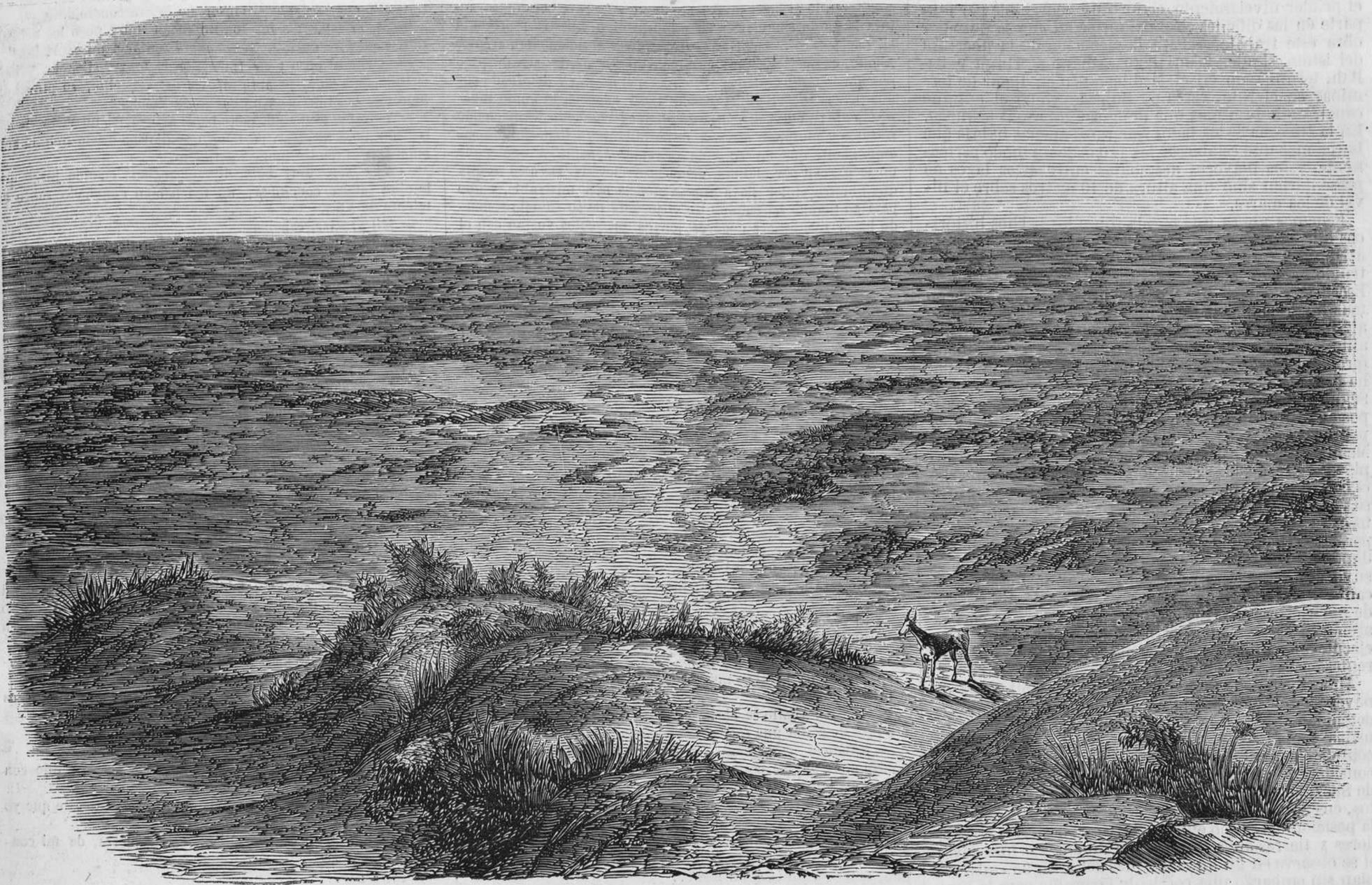
« que podía dirigirse hácia Ras-el-Moyed ó á los lagos Amargos, y como debía elevarse todavía, quedamos persuadidos que las aguas debieron inclinarse hácia el estanque de los lagos. »

He aquí otra observación que revela también un declive hácia Suez. « Es muy probable que la afluencia periódica de las avenidas del Nilo en el estanque de los



decir, muy superior á la inundación en el sitio por donde entra en el Uady. Y añade además: « Observamos también la gran velocidad de las aguas y la profundidad del cauce que habían socavado entre Sabah Byar y Cheykh Henady. Queriendo juzgar del efecto de su corriente, cuya extremada velocidad, que era sin duda el resultado de un declive considerable, nos hizo suponer

« lagos Amargos por el Uady, ha debido formar y alentar una corriente siguiendo la dirección del canal, y esta plausible asercion explica las pequeñas inflexiones, sin motivo suficiente, ni en el estado geológico del terreno, ni en la intención de disminuir los desmontes. »
Luego si la experiencia manifiesta en toda la longi-

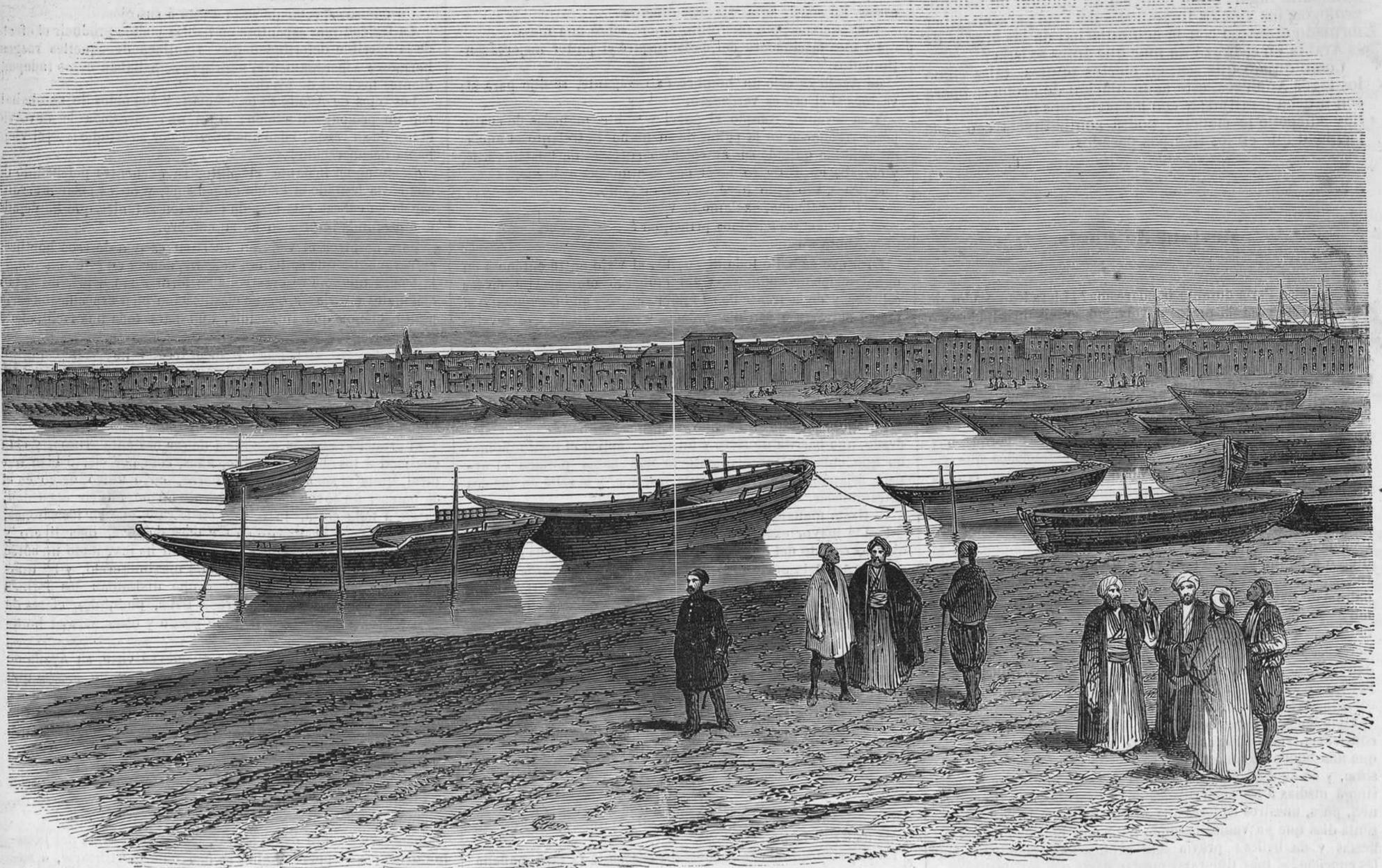


El desierto del istmo de Suez.

tud una corriente que tiene á veces una velocidad extrema resultante de un declive considerable desde la embocadura del Uady hácia Suez, es evidente, en vista de la altura de la inundacion del primer punto, que no

puede haber una *contra-pendiente* de 20 pies entre estos dos puntos, como lo demuestra el nivelamiento. Por otra parte, parece muy verosímil que el desarrollo de esta pendiente desde la entrada del Uady hácia Suez,

con sus rápidas corrientes, debe inclinar las aguas á un punto tan bajo como el Mediterráneo, ó bien el desarrollo es mas corto, y no hay sino la pendiente suave de un gran rio, tal como el Nilo.



La ciudad de Suez, vista tomada al noroeste. — A la izquierda en 1^{er} término; puerto de Suez, donde desembocará el canal de los dos mares; á la derecha, á lo lejos, rada donde fondean los buques.

Así pues, donde existe claramente el error es en el primer nivelamiento, error muy concebible por otra parte en las difíciles circunstancias en que se puso por obra este trabajo. — Para la ejecución de la abertura del istmo, siguiendo los lagos Amargos, Timsa y Ballah, terminando en el Mediterráneo en lugar de terminar en el Nilo, cerca de Bubaste, como el antiguo canal, no habría mas que practicar un canal pequeño. En la travesía de los lagos Amargos, apenas habría que hacer mas que establecer las aguas de un modo permanente, y los mayores desmontes entre estos lagos no presentarían sino una altura de 10 metros sobre el nivel de los mares.

Echemos ahora una ojeada sobre los hechos históricos que se refieren al antiguo canal. Su ejecución se atribuye á Totis ó á Necos. Estrabon opina que fué construido bajo el reinado de Sesóstris, ó Sesac segun la Escritura; pero M. Huet, obispo de Avranches, cree con mas fundamento, que este último no hizo en él mas que algunas reparaciones, y darle mayor profundidad. Otros autores atribuyen este trabajo á su hijo ó á su nieto, (probablemente todos tienen razon, porque este canal ha debido tener necesidad de frecuentes reparaciones). Segun una tradicion árabe, este canal data de los tiempos de Abraham. Como quiera que sea, por allí debió pasar la flota de Salomon para ir desde el mar Rojo al Mediterráneo, lo mismo que Menelao para volver á Etiopia despues de la destruccion de Troya. Sin embargo el canal se hallaba de nuevo interceptado, y Cleopatra se vió obligada á mandar construir máquinas muy costosas para trasportar su flota por tierra. Despues el emperador Trajano hizo en el canal algunas reparaciones, dándole su nombre, como Tolomeo le habia dado el suyo ántes que él. A fines del reinado de Heraclio, el califa Omar encargó á Amron, hijo de Asio, la mision de abrir otra vez el canal, que estaba cegado con la arena. El califa Hake y otros muchos de sus sucesores ejecutaron tambien reparaciones importantes en diferentes épocas.

Ahora bien; si se observan estas intermitencias de navegacion en los tiempos mas remotos; si se reflexiona detenidamente en estas reparaciones sucesivas, mencionadas como hechos importantes, y por último en el completo abandono de este canal; si por otra parte, se considera la naturaleza arenosa del desierto del istmo de Suez, sus dunas movilizadas al capricho de los vientos, cuya fuerza se halla perfectamente justificada por la posicion del istmo entre dos mares, desiertos abrasadores y tierras alternativamente calientes ó húmedas; si se observa en fin que las aguas del antiguo canal tenían sin embargo una corriente favorable para la limpieza que no tendrá el canal de los dos mares, ¿no parece evidente que la principal dificultad de la abertura del istmo de Suez no estará ni en la diferencia del nivel de ambos mares, cuya libre comunicacion habria podido hacer temer la sumersion de los puertos del Mediterráneo, ni en la multitud de desmontes que debian ejecutarse, sino mas bien en la conservacion de este canal en semejante lugar, en el cual, segun opinion de muchos geólogos, los vientos impetuosos del Este parecen haber formado el istmo con la acumulacion de las arenas de la Arabia en el brazo de mar que ántes existia?

Como quiera que sea, en ciertos puntos, tales como los lagos Amargos, esta acumulacion de arena se opera con mucha lentitud; y con los poderosos medios de que hoy dispone la ciencia, podrá combatirse con mas facilidad que en los tiempos pasados.

T.

Revista de Paris.

¿Qué hace Paris durante la cuaresma? ¿Llora los pecados de la coquetería y de la moda, envolviéndose en un túpido velo de crespon para robar á todas las miradas la desconsolada expresion de su semblante en estos dias de ayuno y abstinencia? No por cierto; Paris sigue bailando lo mismo que ántes, como si el tiempo de los ayunos y abstinencias no hubiese llegado todavía, pero es de notar que si baila en estos dias es porque sabe muy bien que en cada diversion hallan los pobres un resultado positivo de abundantes limosnas; baila porque hay muchas lágrimas que enjugar, muchos desgraciados que piden socorro, muchas criaturas abandonadas sin otra familia en Paris que la caridad y la beneficencia públicas. Y aun hay mas: los bailes, los conciertos, las diversiones mundanas de la cuaresma tienen el privilegio de reunir un mayor número de concurrentes; toda la aristocracia parisiense de nombre, de dinero ó de inteligencia acude al festivo llamamiento. ¿Qué le importa á una marquesa dejar un sermón del padre Lacordaire ó de Ravnigan para asistir á un baile por la noche, ¿cómo es posible resistir cuando el predicador le dijo estas palabras?... « La caridad es una de las grandes virtudes de la tierra... no os conseis de dar al desvalído... haceos los ángeles guardianes de los pobres... emplead las riquezas que poseis en alentar con un rayo de felicidad y de esperanza el corazón de los desheredados en la tierra... »

Y las buenas almas que oyen hablar así, guiadas por su conciencia, vuelan llenas de júbilo al placer, convencidas de que una buena accion es siempre meritoria á los ojos del Altísimo, y de aquí proviene que el Paris elegante no se somete sino á medias á las austeridades de la cuaresma. — No extrañen, pues, nuestros lectores que en nuestra historia de los cuarenta dias que ya vamos pasando hablemos mas de una vez de fiestas y de bailes; previa esta explicacion, pensamos que las conciencias mas timoratas pueden darse por satisfechas.

Hoy, sin embargo, vamos á prescindir de estas narraciones, consagrando el lugar preferente de nuestra revista á una aventura bastante singular en la que un amigo nuestro representa el papel de protagonista. Este amigo, á quien llamaremos Adolfo, es un jóven pintor dotado de bastante talento, pero poseido de una confianza absoluta en sí mismo y dominado por una pereza incorregible. Adolfo tiene además un genio independiente; podria disfrutar de algunas comodidades haciendo retratos y pintando escenas de familia, pero tiene jurado solemnemente que en su vida retratará á nadie, á ménos que no le paguen por ello una suma muy elevada. De esto resulta que nuestro pintor lleva una existencia casi miserable, y que pasa su tiempo sentado en un viejo sofá de su estudio soñando hacer magníficos cuadros, cuyos proyectos vuelan con el humo de su pipa de artista.

Uno de estos últimos dias, mientras Adolfo entregado á esa ingeniosa ocupacion, se distraia de sus negras ideas, oyó un golpe á la puerta de su estudio.

— Adelante, exclamó el artista.

Un viejecito calzado con zapatos de hebilla, envuelto en un leviton que casi le arrastraba; escuálido, arrugado y calvo, entró á pasitos cortos en casa del pintor: Adolfo le habria dado cien años.

— ¿El señor Adolfo? preguntó con una voz cascada y con un movimiento de boca parecido al de las mandíbulas de los conejos y de los animales roedores.

— Soy yo, señor mio.

Y el pintor designándole el único asiento de su estudio, volvió á colocarse en su puesto, cubriéndose al mismo tiempo con su gorrito de mil colores.

— Vengo á encargár á Vd. un retrato.

— ¿Es de Vd., caballero?

— No, señor; es de mi esposa.

— No será malo el estudio; me servirá para un cuadro de brujas.

— El precio me es indiferente, pero tengo que proponer á Vd. una condicion.

— Veamos.

— Yo soy un hombre muy celoso, y no quiero que vea Vd. á mi mujer.

Los ojos de Adolfo se abrieron desmesuradamente, y estuvo á punto de soltar una estrepitosa carcajada.

— Entonces me traerá Vd. un dibujo cualquiera, un daguerreotipo, alguna cosa.

— Nada, nada de eso.

— Pero en fin...

— Déjeme Vd. acabar; no solo no verá Vd. á mi mujer, sino que tampoco quiero que vea Vd. el retrato que hará de ella.

— Vaya, dijo Adolfo levantándose, no me faltaba mas que esto, tener en mi casa un loco...

— Siéntese Vd., dijo el anciano, y no se impacienta. Le propongo á Vd. un negocio para ganar dinero, de modo que puede Vd. prescindir de la cuestion de arte.

— ¿Pero cómo hacerlo?

— Tengo profundamente grabados en la memoria los rasgos de la fisonomía que se ha de pintar, y Vd. trabajará segun mis indicaciones; mas he de advertir que concluido el trabajo del dia tomaré todas aquellas precauciones que juzgue necesarias. En señal, aquí está este dinero.

Y el anciano puso un rollito de oro sobre una mesa.

La idea fascinadora del metal inspiró al pintor mejores sentimientos.

— Acaso es solo un hombre extravagante, se dijo para sí; veamos si el oro es verdadero.

Y se levantó, rompió el papel y veinte monedas de cuatro pesos resonaron en la palma de su mano. Entretanto el anciano se habia quitado sus anteojos guarnecidos de tafetan verde, y clavaba en el rostro del artista una mirada ardiente.

— Pues, señor, lo harémos, dijo Adolfo.

— Enhorabuena, exclamó el viejo.

— ¿Y cuándo podremos principiár?

— Ahora mismo.

En breve se halló todo dispuesto; el viejo entró entonces en una descripcion pomposa, y sin embargo muy precisa, de los cabellos y de la frente de su mujer, al paso que iba guiando el pincel del artista con un cuidado y minuciosidad que revelaban en él un conocimiento profundo de los procedimientos artísticos.

Cuando le pareció que estaba concluida esta primera parte, se levantó diciendo:

— Basta por hoy, mañana continuaremos.

Entonces sacó de su bolsillo un pedazo de lienzo opaco cuadrado, una barrita de laque y un sello; aplicó el lienzo de modo que cubriera exactamente lo que habia pintado el artista, dejando solo libre el limite inferior, y le selló en sus dos extremidades.

— Hasta mañana, á la hora de hoy, dijo el artista.

Con la mayor exactitud llegó á la cita, y mandó pintar los ojos del retrato del modo que hemos dicho; pero sus descripciones para esta parte tan importante de la fisonomía fueron mas exaltadas, y sus consejos fueron mas preciosos. Cuando el artista concluyó su tarea, se quedó enamorado de su obra, y muy punzante fué el sentimiento que experimentó al ver que el anciano sustrata á sus miradas el resultado del segundo dia de labor, como lo habia hecho el primero.

— Mañana concluirémos la cava, dijo el viejo, y al marcharse entregó al artista otro rollito de monedas de oro.

Adolfo cuando se quedó solo principió á dar vueltas en torno de su cuadro tan herméticamente cerrado, y principió á experimentar un violento deseo de romper aquellos sellos, pero su probidad le impidió cometer el atentado. Sin embargo, tomó un lienzo, un puñado de pinceles, y comenzó á poner en obra sus inspiraciones para ver si lograba reproducir lo que llevaba hecho del retrato misterioso. El resultado no fué malo, pero no le dejó satisfecho.

En extremo agitado se encontraba cuando á la otra mañana entró el viejecillo en su estudio.

— Hoy es el último dia de trabajo, le dijo.

— ¿Cómo! exclamó el pintor, no estará concluido.

— Sí, lo estará; á mí me importan muy poco los accesorios, y en otra ocasion los mandaré pintar á mi capricho.

El artista se puso á su trabajo en el mayor silencio, y bajo la influencia de la palabra mágica del viejecillo, su pincel dibujó una boca divina y un cuello de Vénus.

— Lléveme el diablo, pensaba el artista, si no acabo de hacer una obra maestra. ¡Y tener que dársela á esta momia ambulante! No tendré fuerzas para ello.

— Muy bien, muy bien, dijo el anciano cuando juzgó que la obra estaba concluida; no me habian engañado sobre su talento de Vd....

— Mil gracias, caballero.

— Es justicia y nada mas; pero aquí tiene Vd. el resto de su cuenta; observará Vd. que he doblado la suma.

Y su mano engarabitada se dirigió hácia el lienzo para tomarle.

— Dispense Vd., dijo Adolfo deteniéndole el brazo. ¿Será Vd. bastante cruel para impedirme que contemple, aunque no sea mas que un minuto, la obra que creo haber hecho mejor en toda mi vida?

— Ya sabe Vd. lo que está convenido.

— Es muy cierto, pero en fin, ¿qué motivo puede impeler á Vd. á obrar con ese rigor tan extremado? Yo no le conozco á Vd.; quizás no volveré á verle nunca; ¿qué probabilidades hay para que encuentre jamás á su esposa? Además que los pintores no se inflaman así como la pólvora; lo que le pido á Vd. es por amor al arte, y nada mas.

— Todo es inútil, dijo el anciano; lo dicho dicho; yo he cumplido con mi palabra, cumpla Vd. con la suya.

— Se lo suplico á Vd. encarecidamente, dijo el artista.

— Nunca.

— Viejo bruto, exclamó Adolfo furioso, ¿piensa Vd. que mi memoria es tan infiel y mi mano tan torpe que no pueda yo hacer la copia de un retrato que he pintado sin modelo?... Va Vd. á verlo.

Y dichas estas palabras fué á buscar la copia que habia principiado, y se la presentó al viejo.

Este la miró un instante con mucha intencion, y sus labios se entreabrieron con una sonrisa sardónica.

— Muy bien, le dijo, y ahora ¿qué mas quiere Vd.?

— Ya sabia yo que no era eso, pensó el artista.

Y Adolfo arrojó lejos de sí aquella mala copia, y dijo con voz desesperada:

— Caballero, no se llevará Vd. ese retrato, ántes de que yo lo haya visto.

— Quiere decir que abusará Vd. de su fuerza, de mi confianza...

— Sí, señor...

— Qué me habrá Vd. robado...

— ¡Miserable! ¿piensas que he tocado á tus monedas?... ¿qué me importa á mí el dinero?... Estúpido animal que se imagina que el oro puede pagar esta obra maestra... ahí lo tiene Vd., nada falta, y yo me quedo con mi cuadro.

Y diciendo esto arrojó el oro que habia recibido á los pies del viejo, se precipitó sobre el cuadro, y rasgó precipitadamente las dos bandas selladas.

Un odio espectáculo se presentó á sus ojos.

La fealdad mas espantosa no habria podido producir el efecto de la horrible deformidad que resultaba de aquellos rasgos, hermosos separadamente, pero que se hallaban como independientes los unos de los otros.

Los ojos de Adolfo se oscurecieron y sus oidos le zumbaban con un prolongado silbido; al fin, una carcajada le devolvió el uso de su razon; echó una mirada por su estudio... ¡el viejo habia desaparecido!...

Desde aquel instante el pintor se encuentra persuadido de que le ha tentado el diablo en persona, y no es posible arrancar de su cabeza esta idea de tentacion satánica que ha dejado una profunda impresion en su cerebro.

Para nosotros el viejo en cuestion es uno de esos hombres extravagantes que se hallan con frecuencia en este país donde la locura humana se desarrolla en formas tan caprichosas, tan originales y variadas, que su clasificacion bien especificada seria punto ménos que imposible, aun para toda una facultad de medicina.

Y ya que por casualidad hemos tocado hoy este capítulo, vamos á concluir esta revista con un fiel traslado, á grandes rasgos, de dos curiosas fisonomías. Trátase de dos hombres originales, dos entes estrambóticos muy conocidos en el gran mundo, y atacados cada cual de su monomanía.

El primero tiene la desgracia de ser bastante grueso, y esta obesidad á los cuarenta y cinco años, cosa por cierto bien natural, quita el sueño á nuestro héroe, cuyo único deseo es el de parecer un jóven de veinticinco. Firme en su ceguedad, quiere á toda costa, lo mismo en la calle que en los salones, presentarse con el mérito de ser más delgado, mas ligero y flexible que un mozalvete, y con este fin ha inventado un corsé de metal capaz de adelgazar el talle mas indiscreto, y ha imaginado unos calzoncillos de acero que disimulan las formas mas aparentes. En su guardaropa tiene, pues, dos clases de pantalones, unos para el hombre gordo y otros para el hombre delgado.

Por la mañana y por la noche cuando se viste, su ayuda de cámara le pregunta con toda la gravedad de un lacayo que se burla de su amo:

— ¿Mi señor quiere sentarse hoy para vestirse?

Cuando se sienta se trata del hombre gordo; en este caso nuestro maniático se condena á estar holgado, se deja robustecer impunemente, permanece quieto en su gabinete, en su butaca; respira, canta, habla, silba, gesticula y da vueltas como una persona natural, como una criatura libre, pero no recibe ninguna visita.

Cuando se levanta para vestirse, entonces se trata del hombre delgado; el pobre diablo se resigna á mortificarse, á sufrir en silencio, arriesga las probabilidades de un ataque de

apoplejía fulminante, se encarama sobre los palos de hierro de dos sillas muy fuertes, y se introduce bajando en un pantalón que se halla sostenido por tres robustos lacayos. — Este personaje de los dos pantalones es muy conocido en el mundo parisiense donde pasaría por un hombre de talento, si no fuera porque el uno de ellos le impide demostrar su agudeza en muchas ocasiones.

El otro estrambótico es un sordo, un sordo que ha oído siempre á las mil maravillas, un filósofo terrible que ha tenido la idea singular de explotar el egoísmo del corazón á costa de la oreja. Nuestro sordo ha comprendido hace mucho tiempo que un observador inteligente debía adquirir grandes conocimientos en muchas materias, si podía oír á mansalva cuanto se hablase, con el derecho de escucharlo todo sin verse obligado nunca á responder á nada ni á nadie.

Un adversario le injuria en su cara; poco importa, es sordo y no hay insulto: se burlan de él amigos ó enemigos; es sordo y la burla no hace mella. Sus criados se entregan á la chismografía en presencia del amo; el sordo ya está prevenido de lo que pasa en la cocina y á veces de lo que se hace en la sala. Tanto en su casa como en la agena, como en todas partes, es sordo, y hay quien asegura que lo es también con la voz de su conciencia.

El cruel filósofo de que se trata ha encontrado en su sordera misteriosa una barrera que opone á todo el mundo en las circunstancias apuradas de su vida; á su mujer cuando manifiesta un capricho que cuesta muy caro, á sus amigos cuando apelan á su influencia y á su bolsa, á sus enemigos cuando le buscan disputa, á los pretendientes cuando llaman á su puerta, y aun á los pobres cuando con voz trémula le piden limosna; si tuviera acreedores no los oiría nunca.

Pero hay situaciones que podrían ser muy dramáticas en la vida de un sordo de esta especie: ¿qué haría, verbigracia, si casado, como lo está, se tratara en su presencia de una cuestión relativa á su propia honra? ¿Continuaría siendo sordo para conservar el derecho abominable de seguir siendo mudo? En este lance habría seguramente una escena de teatro.

De todos modos, un sordo que oye todo cuanto se dice en su derredor lleva alguna ventaja á los demás hombres; ¿quién sabe si el oído se nos dió para que la boca se descubra ménos veces!

MARIANO URRABIETA.

LA CASDAMI.

(Continuación.)

III.

Unos gitanos eran los posaderos. A lo ménos, Lambert creyó reconocer la tez bronceada, el ojo brillante, la fisonomía india de los *calores*. Sus huéspedes lo miraban con una malevolencia evidente, temiendo quizá que su presencia asustando á sus parroquianos habituales, dejara desierta la posada. Sin embargo, cuando hizo, según dice Regnier, relucir en un escudo al sol, aquellas gentes se humanizaron un poco. Como por milagro se descubrió que una cabra tenía leche; un jamón ahumado salió lleno de polvo de un nicho oculto por los travesaños del techo. Y como Lambert tuviese consigo su calabaza bien provista de ron, pudo prescindir de apelar á la bodega problemática de sus huéspedes.

Lo que le importaba era hacerles comprender que quería ser despertado sobre las dos de la mañana, á fin de hallarse á las siete de la mañana en la entrada de cierto desfiladero próximo, muy distintamente indicado en su *Guía del viajero*; porque, no obstante el deseo que hubiera tenido de ceder al sueño, sentía la absoluta necesidad de reparar sus fuerzas, pudiendo depender su vida al día siguiente de un golpe bien asestado, de una lucha vigorosa, de un pie más ó ménos bien asentado en una peña resbaladiza. Por otra parte, ¿cómo fiarse en aquellos gitanos, que si presentían el objeto de su viaje, tendrían mas interés en adormecerlo que en despertarlo á la hora apetecida?

Sus incertidumbres, ya muy grandes, iban á redoblar.

En efecto, mientras que en pie en el umbral de la puerta, deliberaba acerca de las disposiciones probables de sus posaderos, se presentó una mula en el rodeo mas próximo á los senderos que había seguido. Sobre esta cabalgadura, de aspecto bastante miserable, venía sentada una mujer, cuya elevada estatura, cabellos tiesos y lucientes como las crines de un negro corcel, y el cuello enrojecido por el aire, le eran muy conocidos. « ¡La Casdami! exclamó involuntariamente. ¡Qué maldito encuentro! »

Era la feroz gitana; eran sus ojos brillantes y vagos, sus finas facciones, como vaciadas en bronce; sus largos y nervudos brazos, sus harapos bordados y pespunteados.

Pasó por delante de Lambert estupefacto, sin prestarle la menor atención, al ménos en apariencia. Y sin embargo, este creyó ver una sonrisa sardónica que asomó á sus labios de esfinge. Pero aquello podía ser una ilusión. Entre tanto, la gitana, á cuyo encuentro habían salido presurosas las gentes de la posada, escuchaban sus palabras en lengua misteriosa con ávido interés, al paso que Lambert estudiaba en la fisonomía de los oyentes el sentido, tal vez amenazador para él, de aquellos discursos ininteligibles.

Preciso es convenir en que la llegada de la Casdami en aquellos momentos no era para él un agüero feliz.

¿No podían haberla enviado detrás de ella para dar la alarma y desbaratar sus planes? ¿Era improbable que fuese á dar aviso é instrucciones perjudiciales al viajero obligado á pasar la noche en la posada? Ménos que nunca debía fiarse en los huéspedes; su posición se complicaba cada vez mas.

Lambert la juzgó peor cuando vió á un muchacho de unos doce años, — hijo de la casa, — que se encasquetaba su gorro catalán, cogía su palo, y se disponía á salir. Esta maniobra le causó tal recelo, que por espacio de dos minutos, discurrió si debería hacer prisioneros á los gitanos, la Casdami inclusive, y guardarlos, pistola en mano, hasta su partida de la posada. Pero era una resolución desesperada, cuyos riesgos, puestos en evidencia por su imaginación, le hicieron renunciar á tal propósito.

Al cabo y al fin, quizá, no sabía nada la gitana. Tal había ido allí casualmente. Y si fuese así, ¿de qué serviría tal empresa?

Mientras dudaba, partió el muchacho con paso ligero, y los nobles posaderos, á quienes, para explorarlos, dirigió Lambert dos ó tres veces la palabra, le respondieron á su manera, es decir, con muchos gestos y aspavientos — tan respetuosamente como antes.

Nuestro hombre no gustaba de las largas indecisiones. Le ocurrió que sabría mas acerca de las intenciones de la bohemía, si la obligaba á romper el silencio. Estaba sentada cerca del fuego, comiéndose un gazpacho. Lambert fué en derechura á plantarse delante de ella, y mirándola de hito en hito:

— ¡Casdami!

— ¡Ah! exclamó ella.

— Casdami, le dijo de buenas á primeras, ¿me conoces?

Ella levantó los ojos, y con singular expresión de ironía:

— ¡Ah! respondió: tú sabes mi nombre, *jacaranalli*.... Si pues, te conozco; ¿qué te se ofrece?

— Dos cosas: una canción primero, y mi buena ventura en seguida.

— ¡Una *gachapla*! Yo sé una, que acaso recordarás. Y la Casdami se puso á cantar, chanceándose siempre:

Chala Malbum chingerar (1)
Birandon, birandon, birandra,
Chala Malbum chingerar
No se bus trutera (ter).

— No se bus trutera, repitió Lambert; ¿crees tú que no volveré yo mañana mismo á Ceret?

— No se bus trutera... ¡Quién sabe, hijo mio! Pero dame tu mano, y echa aquí un duro adelantado: tal vez el *Bengue* me diga lo que debes esperar y temer.

El *Bengue*, no, pensó Lambert, pero acaso me lo digas tú, sin sospecharlo. Y tendió la mano á Casdami. Ella la cogió sin reparo y sin ceremonia, y se puso á murmurar entre dientes algunas salmodias infernales, preliminares indispensables de la *bahi*, ó buena ventura.

Esta línea, *jacaranalli*, dijo ella en seguida, con una sonrisa que descubrió bruscamente sus dientes de brillante blancura, esta línea no promete nada bueno... Corres grandes riesgos y por culpa tuya.

— Puede ser... pero eso no era muy difícil de adivinar.

— Cállate; no interrumpas á la *bahi*.

Lambert calló.

— El *Bengue*, prosiguió ella, que está allí, detrás de mi hombro izquierdo, me dice por signos que te va á hacer mal de ojo, que te va á mirar con malos ojos, si me vuelves á cortar la palabra... Estás en peligro por culpa tuya, y te ha puesto en él una mujer... Esa mujer es una calee, una bohemía, ni mas ni ménos que yo, que te hablo....

Ahora, se dijo Lambert, me parece que la nombraría sin dificultad.

« Esa mujer, esa gitana, continuó nuestra interlocutora con la misma gravedad y el mismo tono, esa mujer te ha pronosticado males la primera vez que tú la has visto.... Vamos, *payllo*, añadió, rehusando el seguir representando una comedia, que al cabo sabía que no había de hacer mella en el aduanero, vuelve tu mano á la bolsa, y concédeme que estás actualmente en mi poder. »

No pudo dejar Lambert de estremecerse cuando oyó que le apostrofaba de aquella suerte, con voz grave, con acentos despreciativos, y en cierto modo solemnes la gitana, que se había puesto de repente sobre la punta de los pies para mirarlo cara á cara. Pero después de este imperceptible síntoma de debilidad, recobró toda su energía.

« ¡Yo á tu merced!.... lo veremos. Entre tanto, muchacha, no trates de hacerme miedo; perderías el tiempo en valde. Toma ron; ¿quieres echar un trago? » La Casdami no había cesado de mirarlo sin pestañear con la misma expresión imperiosa, altiva y dura, con que lo estaba contemplando rato hacia. De repente, como movida por un resorte se dilataron sus facciones; soltó la carcajada, y golpeando repetidas veces el hombro de Lambert.

« ¡Un valiente! ¡un valiente! exclamó: Bueno va... dame la calabaza. »

La transición era brusca, y el contraste iba á ser mas completo. Algunos minutos después, produciendo el ron su efecto, exaltada por su viaje, expuesta á los

(1) El lector reconocerá fácilmente la versión al gitano de la canción vulgarizada de *Mambri se fué á la guerra*...

rayos del sol, y por aquel licor, cuyo poder no había calculado, y acaso también porque se aproximaba algún acontecimiento largo tiempo había esperado, largo tiempo había preparado, Casdami sintió como un acceso de fiebre nerviosa.

La noche llegó entre tanto.

Una candela de resina iluminaba difícilmente los rincones de aquella mansión. La Casdami la recorría de un lado á otro, murmurando palabras incoherentes, tan pronto en catalán, tan pronto en *chipe-calli* idioma de los gitanos, algunas veces en muy mal francés. Fragmentos descosidos de canciones bohemias, erraban antes de salir de su boca por sus pálidos labios. Lambert la observaba con curiosidad, persuadido de que se apoderaría, á través de aquella oleada desordenada de palabras y pensamientos de algún indicio de las intenciones buenas ó malas que podía haber tenido la bohemía, fuese denunciando á uno de sus hermanos, fuese arrastrándole á él, Lambert, á una especie de emboscada. Los habitantes de la posada, admirados al principio, habían acabado por dormirse uno tras de otro, sobre sus montones de helechos y sus pieles de lobo. A veces, en su insensato y distraído monólogo, la Casdami se dirigía á sí misma la palabra; otras la dirigía á Lambert, que seguía sentado, inmóvil, y por cálculo, con los ojos fijos en el fuego, en donde acababan de apagarse dos tizonas, que humeaban entre las cenizas.

« ¡Ah! ¡ah! miñon, tú no conoces todavía á las flamencas de Roma (las bohemias)... vestidas de lana, pero no creas por eso que son ovejas... nada de eso. Un año, dos años, tres años.... tres añitos de paciencia.... pero también: *Mañana será otro día*.... tú eres un valiente, *payllo*,.... tú eres un valiente, y mañana será otro día.... tú eres un brazo de hierro.... un verdadero majo de Andújar.... un jaque de Sevilla.... un mozo crudo de los percheles de Málaga.... cuidadito contigo.... ¡mañana, mañana! y tú sabes jugar muy bien el cuchillo, ¿no es verdad rubio maldito? »

Dicho esto, arrancó de un enorme pan negro, en donde estaba clavada, una navaja larga afilada y puntiaguda.

Lambert volvió la cabeza, y aparentando la mayor indiferencia no perdió de vista desde aquel momento los sospechosos movimientos de su singular y extraña aliada.

« Se coge de esta suerte, con los dos dedos, al principio de la hoja.... el brazo hácia atrás.... una, dos... apostemos á que atraviesa.... ¡tres!.... »

El cuchillo, lanzado como una flecha, temblaba clavado ya en la espesa puerta de encina.

« Haz eso, *lipipendi*, haz eso, si puedes, *lipipendi*: él lo hace bien, él.... Escucha, *Pepindorio*, repuso ella, dirigiéndose á un personaje ausente que parecía ver en las tinieblas, no es culpa mia.

¿ Soy un *aravi* yo? ¿ soy una *pallia*? (dama rica y noble); ¡Ah! ¡la Casdami! ¡buena muchacha! Ella tenía un *rom*, un verdadero *rom*, valiente y astuto.... otra lo ha hecho su *minchirro* (su amante). ¡Bah! ¡la chiquilla! ya te darán calores... ¡la boda al momento... compra los dulces, haz venir los músicos!... un *rom*, dos *roms*, tres *roms*; cuántos quieres tú, ¿hija mia?... pero el viejo primero.... Ya está convenido, es cosa hecha, esto ha de ser, no tiene remedio.

La Casdami se paró de repente como asustada ella misma con aquellas siniestras explosiones.

« *Min chaboro*; dijo á Lambert, con el dedo puesto sobre la frente; la bohemía está loca... pero no temas nada.... no te asustes.... Nosotros cazamos juntos.... cosa nueva, ¿no es verdad? »

Luego con ambigua sonrisa:

« No le hace nada; esto acabará mal.... déjame, déjame decirte la buena ventura, la *bahi*.... Veamos.... sí, veamos.... levanta los ojos.... sí, eso es... tú, hoy; él, mañana; y á fé mia.... chiquito mio.... el *Bengue* para todos.... Creo sin embargo que yo te mataré... »

Se paró; pasó la mano sobre su frente cubierta de sudor, y se puso á cantar en tono muy bajo:

(Se continuará.)

Expedición de Crimea.

Bajo Sebastopol 22 de enero de 1855.

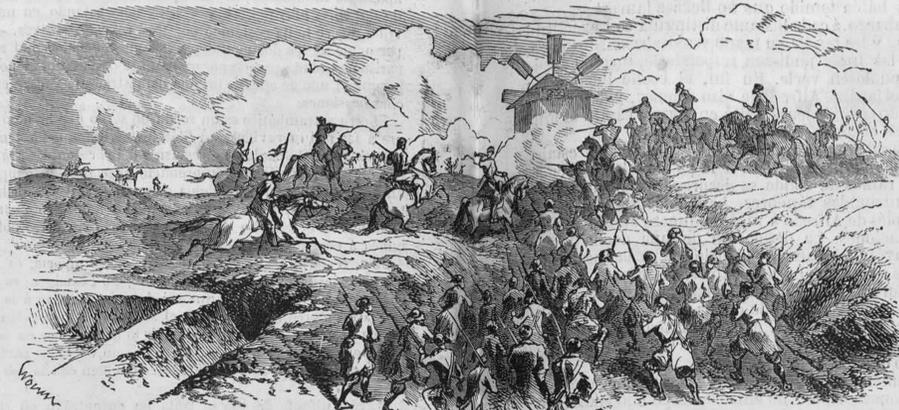
Desde mi vuelta de Eupatoria he proseguido mis peregrinaciones cotidianas, y adjuntos verán Vds. los resultados. Pero con el invierno mi trabajo se hace muy penoso; mi salud está un poco quebrantada, y el frío es bastante fuerte para que sea fácil mi tarea de sacar dibujos al aire libre. Sin embargo, trataré de aprovechar todas las buenas ocasiones que se me presenten.

El campo está cubierto con una capa de nieve de unos 60 centímetros de gruesa, y el frío ha llegado hasta 10 grados bajo cero. El ejército ha sostenido con valor estas primeras pruebas del frío; no obstante se desea con ansia que lleguen las barracas, y principia á temerse que cuando lleguen ya no se necesiten.

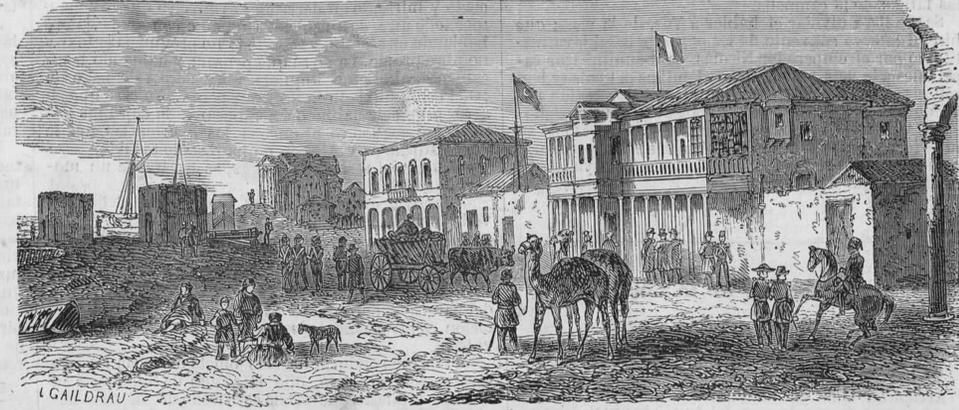
Continúan los trabajos de aproximación; los rusos tiran sin cesar sobre los trabajadores, y no quieren renunciar á sus salidas que sin embargo no les son muy favorables, bien que en sus partes se declaran siempre muy satisfechos de los resultados que obtienen. Cada noche hacen algunas nuevas tentativas y hace



Interior de una casa tártara en Eupatoria.



Combate de vanguardia entre los tártaros auxiliares y los rusos, delante de Eupatoria.



Cuartel francés sobre el muelle, en Eupatoria.

ocho días dirigieron un ataque por el lado de la batería n° 9. Un joven subteniente que mandaba un destacamento de ligeros, salió de la trinchera, y dando un rodeo cayó sobre la retaguardia de los rusos que recibidos á vanguardia por el fuego de los soldados de la trinchera fueron derrotados casi sin combate dejando en el campo muertos y prisioneros; este subteniente ha sido con-



El bazar de Kamiesh.

Parece que el general Osten-Saken que manda ahora en la ciudad ha dado orden á las tropas rusas de seguir el ejemplo de los franceses y de cargar á la bayoneta; acaso se le figura que solo con proceder de esta manera hay bastante para derrotar á las tropas que tiene en frente.

La 9ª division ha llegado á Constantinopla donde pare-



Archimandrita del convento de los popes, en Eupatoria.



Un zuavo moliendo café en el casco de una bomba rusa.

decorado por el general Canrobert; es del 46º de línea y se llama Kerdudo.

Ayer un buque mercante ha zozobrado á la entrada de la bahía del Caton; á pesar del fuego continuo que los rusos dirigieron sobre ese buque, las embarcaciones del Vauban y de Jean Bart, le sacaron y le llevaron á Kamiesh.



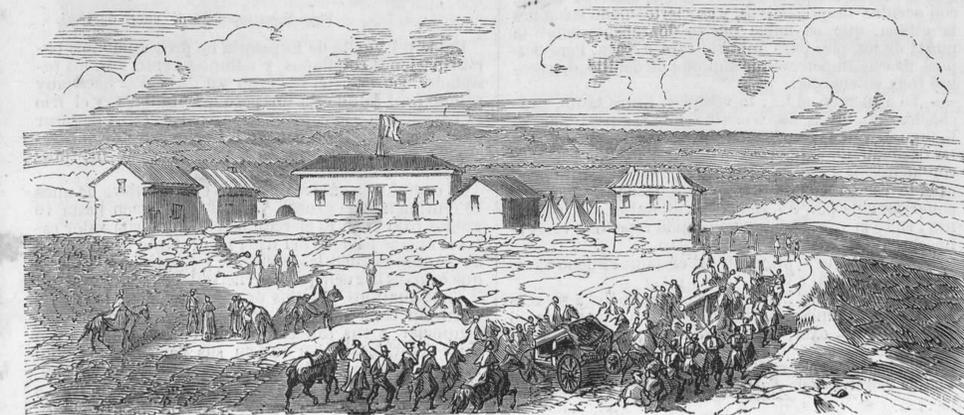
Instalacion de un telégrafo en Kamiesh.



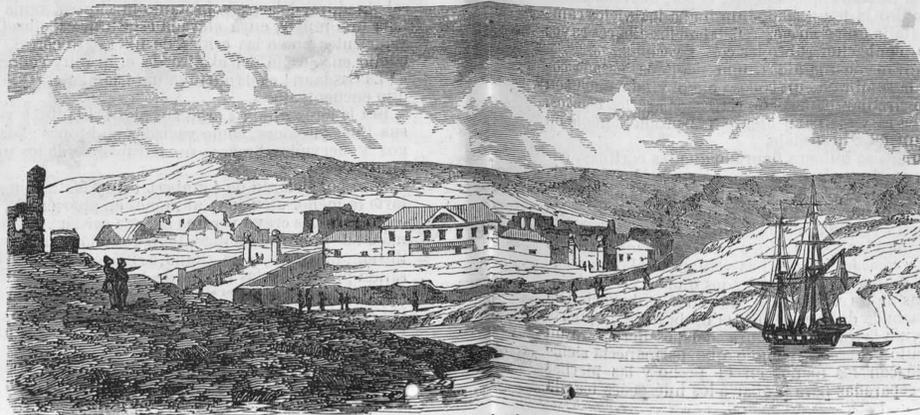
Monumento elevado en la bahía de Kamiesh, á la memoria de los marinos del Napoleon, que murieron en el combate del 17 de octubre.

ce pasará el invierno; los caballos han padecido bastante con el frio; se hizo cuanto se pudo para ponerles al abrigo; pero ¿cómo es posible instalar 8 ó 10,000 caballos y mulas? Estas han soportado mejor la temperatura.

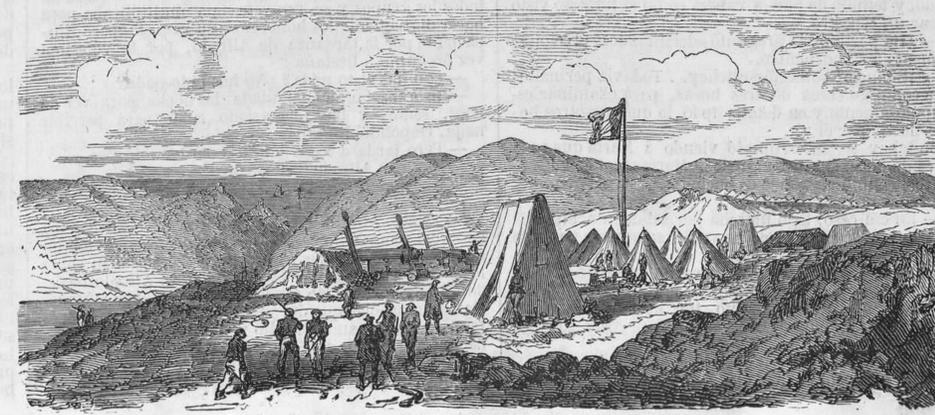
Creo que nada nuevo ocurrirá con estas nieves; continúan circulando rumores contradictorios sobre el ejér-



Cuartel general de los ingleses.



Hospital turco, hoy almacen del ejército, en el fondo de la bahía de Kazatch.



Batería Coutenson, de la marina, sobre la línea de Bolaklava.

cito ruso, pero lo cierto es que se resiente del frío y de las fatigas de la campaña.

Se me iba á olvidar el hablar á Vds. de la visita que hice al famoso convento de les popes de Balaklava instituido por el emperador Nicolás para suministrar capellanes á la flota rusa. Muchas familias del país se han refugiado en ese convento que se halla protegido por un puesto de zuavos, y cuyos frailes son muy hospitalarios y dignos de respeto; envío á Vds. el retrato de su superior, y quizá otro día podré suministrar pormenores interesantes sobre ese establecimiento cuya iglesia es una alhaja.

D. B.

El combate de la vida.

HISTORIA DE AMOR, POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Arrojaron leña en abundancia, multiplicaron las luces, y poco á poco la casa del doctor se llenó de convidados, de alegría y de ruido. Los ojos de María brillaban vivamente, y todos la daban la enhorabuena por la vuelta de su prometido.

Craggs y su esposo llegaron juntos, pero la señora Snitchey llegó sola.

— ¿Y vuestro marido? le preguntó el doctor.

En este momento la pluma del ave del paraíso que adornaba el turbante de la señora Snitchey se agitó como si la misma avecilla se hubiese conmovido.

— Tal vez, dijo la señora Snitchey, el señor Craggs sepa de mi esposo...

— Es doloroso, añadió la señora Craggs.

— Quisiera verla llegar, replicó mistress Snitchey.

— Creo que será un asunto de poca importancia lo que habrá detenido á mi socio, dijo Craggs arrojando algunas miradas inquietas en torno suyo.

— Lo creo, añadió la señora Snitchey sonriendo irónicamente; ya... pero como nosotras sabemos lo que entendeis por asuntos de poca importancia...

La sobreexcitación en que se encontraban las mujeres de los dos asociados crecía de punto. El ave del paraíso se estremecía de un modo amenazante, y los pendientes de la señora Craggs temblaban como dos campanillas.

— Sin embargo, me sorprende que para llevar á cabo ese negocio no hayan Vds. acompañado á vuestro asociado, prosiguió la señora Craggs dirigiéndose á su marido.

— Y yo no comprendo que para semejantes negocios se necesite de compañía, murmuraba mistress Snitchey entre sí, dirigiendo al mismo tiempo tales miradas sobre Craggs, que este se encontraba casi turbado.

Por otra parte, la señora Craggs afirmaba á su marido que su asociado se aprovechaba de la ausencia para engañarle, y que tarde ó temprano se descubriría la traición. Sin embargo, Craggs se hallaba demasiado turbado para atender á estas demostraciones, y no hubiera recobrado su calma si la llegada de Gracia no le hubiese sacado de semejante apuro.

M. Craggs se dirigió á saludarla.

— Estais encantadora esta noche, señorita, dijo M. Craggs; ¿y la señorita María?

— Tan buena y tan alegre.

— Pero ¿en dónde está?

— Véala Vd.: en este momento se dispone á bailar.

Craggs tomó sus anteojos, miró durante algun tiempo en la direccion indicada, tosió, y volviéndose con un aire sobrado satisfecho, guardó sus anteojos en el estuche, y el estuche en el bolsillo.

En este momento la música dió la señal, y la danza comenzó. El fuego de las chimeneas tomó mayor incremento, y parecía que deseaba tomar parte en la danza. A veces los estallidos de la leña producian un estrépito particular que se confundia con la orquesta. Otras llama ardía de una manera particular, ó se derramaba en lenguas de fuego. Cualquiera hubiera dicho que era el ojo de aquella antigua habitacion, que á la manera de un prudente patriarca lanzaba sus miradas oblicuas sobre los grupos de jóvenes que cuchicheaban en los rincones.

Al terminarse la danza, Craggs vió llegar á su asociado, y tembló de piés á cabeza como si hubiese visto llegar un espectro.

— ¿Ha partido? le preguntó adelantándose precipitadamente á su encuentro.

— ¡Silencio! contestó Snitchey... Todavía permanecerá conmigo cerca de tres horas, para examinar escrupulosamente y en detalle todo lo que nosotros hemos hecho por él y...

Snitchey se interrumpió viendo á María que pasó cerca de ellos sin distinguirlos. María siguió en direccion del punto en donde se encontraba su hermana, y se perdió en la multitud.

— En ese caso, todo marcha perfectamente. Sin embargo, yo creo que él no ha vuelto solamente con este objeto.

— Yo tambien lo creo. ¿Pero realmente partirá?

— Cumplirá su palabra: dentro de algunos instantes debe ponerse en camino. Por mi parte yo estoy maravillado de haber terminado este negocio satisfactoriamente.

M. Snitchey enjugó su frente.

— ¿Y qué pensais?...

— ¡Silencio! dijo Snitchey interrumpiendo á su asociado y mirando en derredor; es preciso que depongamos todo aire de misterio. Que no crean que estamos hablando en secreto, y sobretodo no pronunciar ningun nombre propio. Yo no sé qué pensar; y hablando francamente, ahora me inquieta muy poco este negocio. ¡Oh! estoy aliviado de un gran peso... Yo creo que su amor propio le habrá hecho abusar... la chica me parece algo coqueta... al ménos las apariencias me lo hacen suponer; y Alfredo no ha llegado todavía.

— Todavía, respondió Craggs, se espera de un momento á otro.

— Bien, respondió Snitchey, y enjugándose de nuevo la frente... En fin, ya he salido de esa inquietud que me agobiaba, y me propongo pasar una noche demasiado alegre.

Apénas habia concluido esta frase, las señoras de Craggs y de Snitchey se aproximaron á ellos; el ave del paraíso se encontraba en un estado de extraña agitación, y los pendientes seguian en su movimiento convulsivo.

— Vuestra conducta ha sido objeto de todas las conversaciones, caballero, dijo la señora de Snitchey á su marido, y puesto que estais satisfecho de vuestros negocios, yo espero...

— ¿Satisfecho de qué? preguntó M. Snitchey.

— De haberme puesto en ridículo; pero esta conducta está sin duda alguna en relacion con vuestros negocios.

— ¿Cómo, cómo?

— En cuanto á mí, añadió mistress Craggs dirigiéndose á su esposo, ya hace tiempo que estoy acostumbrada á ver vuestros negocios en razon inversa de todas las cosas domésticas, y me hallo muy complacida en saber que vuestros negocios son los enemigos declarados de mi reposo.

— Vamos, querida mia, contestó M. Craggs. Vd. sabe que siempre he dado á vuestras opiniones el lugar preferido, y nunca creeré que mis negocios sean un enemigo declarado de vuestra tranquilidad.

— No, respondió la señora Craggs, produciendo un verdadero repique con sus pendientes, es verdad que si tuvieseis el valor de confesarlo no seriais digno de dirigir vuestras oficinas.

— Yo confieso mi culpa, puesto que mi ausencia ha sido notada, decia M. Snitchey á su esposa, ofreciéndola el brazo.

La señora Snitchey aceptó el ofrecimiento de su esposo, y el diálogo tomó otro giro.

— Mirad, mirad á ese hombre, hacedme el favor de mirarle, decia la señora Snitchey señalando á Craggs.

— ¿A quién, querida mia?

— A vuestro socio, á ese hombre que habeis elegido.

— Y bien, dijo M. Snitchey, dirigiendo sus miradas sobre Craggs.

— Y bien, prosiguió la señora Snitchey.

— Yo no puedo ver á ese hombre sin decir que os engaña, y que ejerce sobre vos una fascinacion completa. Despreciad mis advertencias y seréis burlado como un imbécil... En fin, si no reconocéis la verdad de mis palabras, todo lo que os puedo decir es que os tengo lástima.

Al mismo tiempo la señora Craggs preguntaba á su marido cómo podia ser tan insensato y tan crédulo que no advirtiese las maquinaciones de Snitchey; ¿cómo, le decia, no conoces que el haberse ausentado esta noche ha sido una traicion manifiesta?

Pero ni Snitchey ni Craggs se ocupaban en contradecir á sus queridas mitades: los dos se contentaron con dejarlas desahogar, hasta que su impetuosidad fuese desapareciendo por sí sola. Así sucedió en efecto, y para el resto de la contradanza, Snitchey se ofreció por caballero de la señora Craggs, y M. Craggs de la señora Snitchey. Las dos aceptaron con una encantadora sonrisa.

No pasaba un solo día en que semejante escena no tuviese lugar entre aquella familia que, fuera de esta mutua desconfianza, vivía en la mayor y mas afectuosa intimidad; pero la mujer del pérfido Craggs y la del hipócrita Snitchey hubieran creído que sus intereses respectivos se comprometian altamente si cesaban de estimular á sus maridos por medio de semejantes consejos.

El doctor, entre tanto, con aquella fisonomía franca y desembarazada que le distinguía, se presentaba en todos los grupos y se rejuvenecía y multiplicaba para hacer dignamente los honores de su casa. Empero, impaciente por la tardanza de Alfredo, por la vigésima vez preguntó á Breñaña:

— ¿No has visto nada? ¿No has oido nada?

— Está bastante adelantada la noche para ver de lejos, señor, y hay demasiado ruido para percibir nada, respondió Breñaña.

— Pero tardará todavía unos cuantos minutos.

— El señor Alfredo no debe tardar.

— Querido hijo, tal vez distinga las luces de mi casa.

En efecto, Alfredo las veía, porque su coche llegaba en aquel momento cerca del antiguo templo, y distinguía perfectamente las ramas que se destacaban sobre los cristales iluminados de las ventanas. Alfredo recordaba que algunas de aquellas ramas tal vez pertenecian á los árboles que durante los dias del estío susurraban armoniosamente bajo las ventanas de la alcoba de María. Sus ojos se llenaban de lágrimas, y su corazón latía con tanta fuerza, que apénas podia soportar su emocion. ¡Cuántas veces habia pensado en este mo-

mento, en todas las dichas de este momento! ¡Y cuántas veces habia temido que no llegase jamás!

Sin embargo, á cada instante distinguía con exactitud las luces, y les tendía su mano y agitaba su sombrero, como si las luces pudiesen responderle, ó como si sus amigos pudiesen verle. En fin, el coche llegó á los muros del jardín. Alfredo le hizo detener, y después de haber dado sus órdenes saltó en tierra, escaló la muralla, y se encontró en el antiguo verjel.

Una espesísima escarcha cubria los árboles, y estaba tan congelada, que su vista á la pálida claridad de la luna, las ramas de donde se desprendía parecian otras tantas guirnaldas fúnebres. Las hojas secas cruzaban bajo los piés de Alfredo á medida que se aproximaba á las habitaciones. La desolacion de una noche de invierno envolvió la tierra y el cielo; pero la enrojada luz de las ventanas heria los ojos de Alfredo. Distinguía las formas de los que cruzaban en diversas direcciones; escuchaba el ruido de las voces, y creia percibir la voz de su adorada. Alfredo pisaba ya el umbral de la puerta, cuando una mujer que salia bruscamente retrocedió dando un grito.

— ¡Clemency! gritó Alfredo, ¿no me conocéis?

— Os conozco, pero no entreis, respondió ella. Y no me preguntéis porqué. No entreis.

— ¿Pero qué es lo que ha acontecido?

— No sé; tengo miedo de pensarlo.

En estos momentos y en medio de un ruido que crecía cada vez mas, se oyó un grito penetrante y retenido, y Gracia fuera de sí y con la fisonomía en un completo desórden se arrojó fuera de la puerta.

— ¿Qué es lo que pasa Gracia? ¡Dios mío! exclamó Alfredo reteniendo á la turbada jóven; pero ella al reconocerle se desasí de sus brazos y cayó á sus piés casi moribunda; al mismo tiempo varios grupos confundidos entre sí salian de la casa. Alfredo vió al doctor que venia entre ellos con un papel en la mano, y llamándole por su nombre exclamó:

— Por piedad, decidme lo que pasa.

Alfredo continuaba de rodillas cerca de Gracia, que aun permanecia desmayada, mientras él queria leer en las fisonomías de todos la causa de aquel espanto. Pero no habiéndole contestado el doctor, prosiguió en medio de una agonía desesperada:

— Nadie me atiende, ninguno quiere escucharme; ¿no habrá alguno que me diga lo que pasa?

Los numerosos convidados murmuraban entre tanto:

— ¡Ha partido, se ha marchado!

— ¡Ha partido! repetía él.

— Ha huido, ha abandonado la casa de sus padres, Alfredo, contestó por fin el doctor con una voz trémula y agonizante, y ocultándose el rostro entre sus manos. Sí, prosiguió, ha huido de la casa de su padre; nos ha dejado á todos y me ha escrito implorando su perdón.

— Pero... ¿adónde, adónde? exclamó Alfredo como queriendo volar en persecucion de María; pero viendo que todos desaparecian delante de él, fijó sus ojos sobre los convidados que se alejaban, y traspassado de dolor cayó de nuevo á los piés de Gracia, estrechando entre las suyas una de las heladas manos de aquella infornada niña.

A esta escena sucedió el tumulto y la confusion. Todos partian en diferentes direcciones, unos á caballo y otros con luces, pero ninguno sabia lo que debia hacer, porque la fugitiva no habia dejado vestigio alguno de su marcha. Algunos amigos se aproximaron á Alfredo para consolarle, y quisieron trasportar á Gracia á las habitaciones; pero él se opuso y permaneció en la misma actitud sin oírles ni prestarles atencion alguna.

Entre tanto la nieve caía espesa y abundante, y Alfredo, mirando la tierra cubierta de aquella blanca mortaja, pensaba entre sí que las huellas de María se borrarían tan fácilmente como su memoria. Absorbido por estas ideas no sentia el frío que helaba sus miembros, y permanecia en el mismo estado de inmovilidad é inaccion.

TERCERA PARTE.

Seis años después de la noche en que desapareció María, y en una de esas calientes siestas del otoño, en que habia llovido copiosamente, el sol, desvaneciéndose de improviso la tempestad, iluminó los viejos campos de batalla que á su vez reflejaban los alegres rayos del astro bienhechor sobre las costas vecinas.

A la entrada de una aldea, una pequeña posada colocada á la sombra de un coposo olmo y adornada con un banco circular, demasiado estrecho para los ociosos, presentaba al viajero su alegre faz prometiéndole en silencio un feliz hospedaje.

Cualquiera se hubiera figurado que las cortinas, encarnadas en el piso bajo, y blancas en las demás habitaciones, flotando bajo el soplo de las brisas, exclamaban dirigiéndose á los transeuntes: «Entrad.» En una muestra colgada del postigo de las ventanas se leía en letras doradas: «Excelente cerveza, vinos generosos y buenas y cómodas camas.» Las ventanas estaban adornadas de tientos de flores, entre los que se veían claveles y rosas de un rojo encarnado que embellecian la blanca fachada de la casa. En el umbral de la puerta se distinguía la honrada figura del posadero. Era un hombrecillo grueso y redondo que permanecia siempre en pié con las manos en el pecho y las piernas bastante separadas para probar á los huéspedes toda la

confianza y seguridad que debían inspirarles los recursos de su casa.

La fonda ó posada traía su origen de una extraña tradición: llamábase *Cáscara de nuez*. En el piso bajo estaba escrito en caracteres de oro el nombre de Benjamin Bretaña.

Examinando de cerca la fisonomía del posadero, se hubiera reconocido sin mucho trabajo á Benjamin Bretaña, cambiado, es verdad por el tiempo, pero cambiado ventajosamente.

— Mi mujer se tarda demasiado, y ya ha pasado la hora de tomar el té, decía el posadero, y seguía paseándose á lo largo por todo el frente de la casa. De vez en cuando dirigía algunas miradas de satisfacción á la posada y exclamaba: « He aquí una casa en la que yo me detendría siempre, si no fuese su propietario. »

En seguida se dirigió á la empalizada del jardín, y dirigió una ojeada sobre las dalias que la lluvia había azotado.

— Es preciso que uno se ocupe de vosotros, exclamó; yo hablaré á mi mujer; pero es el caso que tarda demasiado.— Bien podía asegurarse que la señora Bretaña era realmente la mitad del posadero. Cuando se hallaba ausente, la otra mitad, esto es, el posadero, no sabía hacer nada, se encontraba abatido, desanimado, le faltaba la mitad de sí mismo.

— Sin embargo, añadía Benjamin, no tenemos mucho que hacer... algunas pequeñeces... pero héla aquí...

Efectivamente, un carro conducido por un muchacho acababa de aparecer á la orilla del camino, y en los asientos delanteros se divisaba una mujer bastante gruesa, rodeada de cestos y de paquetes de todas clases. Su fresca y agradable fisonomía expresaba una completa satisfacción. Cuando el vehículo llegó á la puerta de la posada, un par de zapatos descendieron del coche, y deslizándose por los brazos de M. Bretaña, cayeron al suelo con una pesadez que desde luego cualquiera hubiera reconocido los zapatos de Clemency Newcome.

Era en efecto Clemency Newcome.

— Habéis tardado demasiado, dijo Bretaña.

— ¿Qué queréis? tenía tanto que hacer... era preciso toda mi actividad para traer todos estos cestos y paquetes... ¿los veis? ocho... nueve... diez... falta uno... ¿dónde está el otro? ¡ah! héla aquí... Barry, conduce, llévate el caballo á la cuadra... y cuidado mira, si tose todavía para darle de beber alguna cosa... Y bien, ¿cómo están los niños, buenos?

— Perfectamente, Clemency.

— ¡Queridos hijos! dijo Clemency arrojando su gorra y alisándose el cabello con ambas manos. Y bien, mi viejo amigo, ¿no me abrazáis?

M. Bretaña abrazó á su mujer.

— Yo creo, dijo la señora Bretaña, que nada he olvidado: he aquí, prosiguió sacando de su seno un montón de monedas y de papeles arrugados, he aquí las notas: he pagado al cervecero y todo ha quedado arreglado. En cuanto á la memoria del doctor Heathfield... admiraos, el doctor no ha querido recibir nada...

— Bien; eso no me maravilla, replicó Bretaña.

— Y me dijo también, añadió Clemency, que aun cuando tuvieramos muchos hijos él miraría por ellos.

La fisonomía de M. Bretaña tomó en este momento una expresión seria, y sus ojos se fijaron sobre la muralla.

— ¡Y qué! ¿no es demasiada generosidad? dijo Clemency.

— Sí, replicó M. Bretaña, pero yo no debo abusar de esa generosidad.

— ¡Oh! de ningún modo, añadió Clemency; pero se me olvidaba; he hecho la venta que me encargaste en ocho libras y dos chelines; ¿estás contento?

— Muy contento.

— Y yo también; toma estos papeles y guárdalos bajo de llave... ¡Ah! toma este cartel que me han dado para que lo coloques en el muro.

— ¿Y qué dice?

— No he tenido tiempo de leerlo.

— Veamos: « Para que se lea en el parador de la *Cáscara de nuez*. Se vende al mejor postor, á ménos que no se presente comprador antes de la época fijada. Para la venta, una parte de las propiedades de Miguel Warden, la casa y dependencias de los señores Snitchey y Craggs, cuyos señores tienen la intención de establecerse por algún tiempo en el extranjero. »

— ¡De establecerse en el extranjero! dijo Clemency interrumpiendo á su marido.

— Sí, respondió este, leed.

— Cuando yo pienso que, según he oído decir en mi antigua morada, se han tenido hoy mismo noticias de María, dijo Clemency moviendo tristemente la cabeza y balanceándose como si el recuerdo de los tiempos pasados le devolviese sus antiguos hábitos...

— Sin duda, sin duda, deben tener el corazón demasiado endurecido, exclamó M. Bretaña exhalando un dilatado suspiro.

— Después de algunos instantes de silencio, Bretaña fué á colocar el cartel, y Clemency fué en busca de sus hijos.

Aunque el posadero de la *Cáscara de nuez* tuviese á su mujer una viva y verdadera inclinación, este sentimiento tenía, sin embargo, algo de protector. Por su parte Clemency le recompensaba demasiado. Pero él se hubiera sorprendido considerablemente, si alguno le hubiese dicho que al buen carácter, perseverancia, honradez y actividad de su mujer debía la prosperidad

que gozaba. Es tan general en todas las circunstancias de la vida no conceder á esas almas francas y generosas, que ignoran su mérito, mas que el modesto é insignificante valor que ellas se atribuyen, como es general la admiración que nos causan ciertas nulidades pedantescas y vanidosas cuya absoluta inferioridad conoceríamos con solo la pena de ocuparnos un instante en ellas.

M. Bretaña, según él mismo decía, había condescendido en casarse con Clemency, y por lo tanto esta era á sus ojos una prueba continuada de su buen corazón y de su generoso carácter, y al verla tan buena esposa, creía que la virtud encuentra siempre su recompensa en sí misma.

Bretaña acabó de colocar el cartel, y esperó á que Clemency sirviese el té. Esta, que había dejado á sus pequeños hijos ocupados en jugar tranquilamente al cuidado de Betsy, no se hizo esperar mucho. Cuando los dos esposos se encontraron en la mesa, exclamó la señora Bretaña:

— He aquí la primera vez que me siento con alguna incomodidad en todo el día de hoy.

Sin embargo, esto no impidió que se levantase á cada momento para poner el té á su marido y servirle las tostadas con manteca.

— Ese cartel me recuerda los tiempos pasados, decía á cada instante. Luego prosiguió:

— Este Miguel Warden es el que me hizo perder mi colocación.

— Y también el que os proporcionaba un marido, añadió Bretaña.

— Es verdad; y yo se lo agradezco, replicó Clemency.

— El hombre es un esclavo de sus costumbres, continuó Bretaña mirando á su mujer, y yo no sé hasta qué punto me hallo acostumbrado á vivir á vuestro lado, que de seguro yo no podría vivir sin vos... Pero... ¡ja, ja, ja! ¡quién lo hubiera pensado!

— Efectivamente, ¿quién lo hubiera pensado! pero como vos habeis sido tan bueno...

— ¡Ba, ha, ha! esto no vale la pena; no hablemos mas de esto.

— Sí, sí, replicó su mujer con el aire mas sencillo. Yo estaré siempre altamente reconocida. ¡Ah! prosiguió mirando el cartel, querida niña, después de su partida yo no pude callar, y dije todo lo que sabía en provecho suyo y en el de todos; ¿no hice bien?

— En todo caso bien habeis hecho.

— Y el doctor Jeddler en medio de su cólera y de su dolor, dijo Clemency vertiendo la taza de té, me arrojó de su casa. Pero yo estoy muy contenta con no haber dicho nada antes de su partida. Algun tiempo después él se arrepintió de la conducta que había usado conmigo. ¡Cuántas veces aquí en esta misma habitación ha dicho que deseaba mejorar nuestra fortuna! Es verdad, él sabía cuanto ella me amaba.

— ¿Con qué vos lo sabeis todo, exclamó Bretaña, viendo que su mujer estaba al corriente de una verdad que él comenzaba á entrever, y no me habeis dicho nada?

— Con mucho gusto os lo diré, respondió Clemency, si me dais cien libras en recompensa.

De buena gana hubiera seguido en esta plática M. Bretaña, si la llegada de un viajero vestido de luto no hubiese llamado su atención. A juzgar por sus botas empolvadas y por su capa, parecía que el extranjero acababa de apearse del caballo: el posadero y su mujer se levantaron para saludar al desconocido.

— Si teneis la bondad de subir la escalera, caballero, dijo Clemency, podéis descansar en una linda habitación.

— Gracias, contestó el extranjero mirando con marcada atención á la mujer de Bretaña. ¿Puedo permanecer aquí?

— Seguramente si teneis gusto en ello, contestó Clemency. Pero ¿deseariais alguna cosa?

El cartel había llamado la atención del extranjero, que se puso á leerlo.

— Excelentes propiedades, caballero, dijo M. Bretaña.

El extranjero no contestó, y cuando hubo acabado su lectura, dirigiéndose á Clemency, á quien seguía mirando con la misma atención, la dijo:

— ¿Creo que me preguntabais si deseaba alguna cosa?

— Efectivamente, caballero, contestó Clemency examinándolo á su vez.

— Bien; si quereis servirme cerveza en esa mesita que se halla cerca de la ventana, os quedaré agradecido.

Hablando de este modo, el extranjero se dirigió á la mesa, tomó asiento, y se puso á mirar en torno suyo. Era una elegante y hermosa figura en todo el vigor de su edad. Su rostro estaba bastante tostado por el sol. Su cabello era negro y espeso y del mismo color sus espesos bigotes. La cerveza le fué servida inmediatamente; el extranjero llenó su vaso y bebió brindando por la prosperidad del establecimiento; en seguida preguntó:

— ¿Esta casa es nueva?

— Nueva, contestó M. Bretaña.

— Cinco años solamente hace que se edificó, añadió Clemency acentuando sus palabras.

— Me parece que en el momento en que yo entraba pronunciabais el nombre del doctor Jeddler. Este cartel me lo había hecho recordar. Yo he oído hablar mucho de su familia. ¿Vive todavía Jeddler?

— Vive, caballero.

— ¿Estará completamente cambiado?

— Desde cierta época, replicó Clemency, recalcando sus palabras con afectación.

— Desde la fuga de su hija.

— Precisamente. Entonces cambió de una manera penosa. Sin embargo, ahora me parece que ha vuelto á cambiar en sentido favorable. Parece que espera ver á la hija que perdió, y esta idea le rejuvenece. En los primeros tiempos era digno de lástima; pero habrá cerca de dos años que habla de su hija con ternura, y continuamente celebra su bondad y su belleza. Esta transformación data desde la época del matrimonio de la señorita Gracia. ¿Os acordáis, Bretaña?

Bretaña hizo un signo afirmativo.

— ¡Cómo! ¿la otra hija del doctor se ha casado? preguntó el extranjero. En seguida, y después de una corta pausa añadió:

— ¿Y con quién se ha casado?

Clemency se encontró turbada, porque este era el secreto de que hablaba con su marido cuando llegó el extranjero: sin embargo, dijo:

— No direis que os lo he dicho.

— Nada temais: por otra parte esto me interesa demasiado.

— Sería una historia demasiado larga de contar.

— No importa; contádmela.

— En fin, os diré en pocas palabras que todos lloraron á María como si hubiese muerto, y todos hablaban de ella como de una persona querida que habían perdido.

— ¿Y después? dijo el extranjero.

— Después, M. Alfredo acabó por casarse con la hermana. Una noche en que pasaba por el jardín con la señorita Gracia, la dijo:

— Gracia, ¿quereis casaros conmigo y que nuestro matrimonio tenga lugar el día del cumpleaños de vuestra hermana?

Y el matrimonio se celebró ese mismo día.

— ¿Y son felices? preguntó el extranjero.

— En cuanto pueden serlo; no tienen otra pena que la de haber perdido á María.

Concluidas estas últimas palabras, Clemency fijó los ojos en el extranjero, cuya atención parecía completamente entregada á los objetos exteriores, y como si recordase alguna cosa extraordinaria, hizo algunas señas á su marido indicándole el cartel y moviendo los labios de un modo bastante significativo y como quien pronuncia un nombre. Pero como este no fué pronunciado y Clemency continuaba en su pantomima, Bretaña, que nada comprendía, se hallaba en un estado de absoluta desesperación. Casi atontado dirigía sus ojos á la mesa, al cartel, á su mujer y al extranjero, y respondía con otros gestos que expresaban su perplejidad.

Por último, Clemency tuvo que renunciar á esta escena muda, y aproximando poco á poco su silla á la del extranjero, volvía á fijar sus ojos en él esperando que le dirigiese la palabra. El extranjero no se hizo esperar mucho tiempo, y volviéndose bruscamente la dijo:

— ¿Deseais alguna cosa?

Clemency moviendo la cabeza le dijo:

— El doctor Jeddler me ha dicho que la señorita Gracia había recibido cartas de su hermana y por ellas se sabe que la señorita María estaba muy contenta, sobre todo con el matrimonio de la señorita Gracia. Sin embargo, hay algunas cosas en medio de sus aventuras que hasta ahora no se han podido saber y que en estos momentos espero...

— ¿Qué espera Vd.? respondió el extranjero.

— Que las explique la única persona que puede saberlas.

— ¿Y quién es esa persona?

— El caballero Miguel Warden, replicó Clemency mirando fijamente á su interlocutor, y vos me conocéis bien, caballero, continuó temblando agitada por las emociones diversas que experimentaba; sí, vos me conocéis; ¿os acordáis de aquella noche? Yo estaba con la señorita María.

— Sí, me acuerdo, Clemency, y desde mi llegada os he reconocido.

— Y yo también, caballero; ¡qué felicidad! Ven, Bretaña, ves á casa del doctor ó á la de la señorita Gracia, donde te parezca.

— Deteneos, exclamó Warden interponiéndose entre Bretaña y la puerta; decidme antes cuál es vuestro proyecto.

— Decirles que os halláis aquí, caballero, que estais aquí, que María no se ha perdido para los que la aman, y que volverá bien pronto á ser de nuevo la felicidad de su padre, de su hermana y de su pobre Clemency; vamos, Bretaña, corre...

(Se continuará.)

Las visiones de la noche en los campos.

POR JORGE SAND.

Decir que me río de esto sería mentira. Nunca he visto yo tales apariciones, es verdad; he recorrido los campos á todas las horas de la noche, y salvo algunos meteoros inofensivos, algunos añejos árboles fosforescentes y otros fenómenos que no entristecían mucho el aspecto de la naturaleza, nunca he tenido el gusto de encontrar un objeto fantástico, y de poder contar á

nadie como testigo ocular, el menor cuento de duendes y fantasmas.

Y sin embargo, no soy de los que dicen de las supersticiones rústicas; *mentira, imbecilidad, vision del miedo*; digo fenómeno de vision ó fenómeno exterior insólito y no comprendido. No por eso creo en las brujas ni en prodigios; las aplicaciones fantásticas que dan á los supuestos prodigios de la noche, constituyen el poema de las imaginaciones campestres. Pero el hecho existe, y que el fantasma esté en el aire ó solo en el ojo del que le percibe, lo cierto es que es un objeto tan real y lógicamente producido como la reflexion de una figura en un espejo.

¿Se han podido explicar hasta hoy las aberraciones de los sentidos? Lo único que se ha hecho es probar que existen; pero es falso decir y creer que solo el miedo pueda producir las. Esto puede ser cierto en muchas ocasiones, pero hay excepciones que no admiten duda. Hombres de mucha sangre fria, de un valor sobrenatural y experimentado, puestos en circunstancias en que nada parecía obrar sobre su imaginacion, y aun tambien muchos hombres ilustres, han tenido apariciones que no turbaron su juicio ni su salud, y que sin embargo se sintieron mas ó menos afectados.

Entre muchas obras interesantes sobre este asunto es notable la del doctor Brierre de Boismont que analiza las causas de la alucinacion, por mi parte solo añadiré á estos trabajos serios una observacion útil por su evidencia, á saber; que el hombre que vive mas cerca de la naturaleza, el salvaje, y luego el campesino, se hallan mas predisuestos y mas sujetos á ella que los demás hombres. Sin duda alguna la ignorancia y la supersticion les obligan á tomar por prodigios sobrenaturales esas simples aberraciones de sus sentidos, pero repito que no siempre son producto de la imaginacion; por lo regular esta no hace mas que explicárselos á su modo.

Convengo en que la educacion primera, los cuentos de la nodriza y de la abuela predisponen á los niños y aun á los hombres á experimentar ese fenómeno, pero no creo como muchos suelen decir que todo se acabaria con unas simples nociones de fisica elemental y un poco de burla volteriana. El aspecto continuo de los campos, el aire que en ellos se respira, los cuadros de la naturaleza que se modifican á cada instante segun las variaciones atmosféricas, son para el hombre rústico otras tantas condiciones particulares de existencia intelectual y fisiológica, que hacen de él un ser mas primitivo, acaso mas normal, mas confundido con los elementos de la creacion que lo estamos nosotros cuando el comercio de las ideas nos ha separado, por decirlo así, del cielo y de la tierra, haciéndonos una vida facticia entre las paredes de nuestras habitaciones bien cerradas. El salvaje y el campesino, aun dentro de su choza, vive tambien en las nubes, en el relámpago y el viento que envuelven sus frágiles moradas. En el Adriático hay pescadores que no conocen un abrigo; duermen en sus barcas



Los loberos.



La caceria fantástica.



El animal grande.

cubiertos con una estera, el rostro alumbrado por las estrellas, la barba acariciada por la brisa y el cuerpo siempre mecido por las ondas. Luego hay tambien buhoneros, gitanos y pastores que duermen siempre al aire libre como los indios de la América del Norte. Ciertamente la sangre de esos hombres circula de otra manera que la nuestra, sus nervios tienen un equilibrio diferente, sus pensamientos otro curso, sus sensaciones se producen de otro modo; pero interrogádeslos y veréis como no hay uno solo que no haya visto prodigios, apariciones, escenas nocturnas sorprendentes. Y entre ellos los hay muy valientes, muy razonables, muy sinceros, y no son los que menos se asustan; hechos curiosos y muy bien observados no prueban que la alucinacion es compatible con el pleno ejercicio de la razon. — Es una enfermedad del cerebro; sin embargo, casi siempre se puede presentar su causa fisica ó moral en una perturbacion del alma ó del cuerpo; pero á veces es tambien repentina y misteriosa, hasta el punto de que sorprende y turba un instante á los ánimos mas firmes.

Entre los campesinos se produce tan á menudo, que parece casi una ley de su organizacion, pero les da otro miedo que á nosotros. El mayor terror que nosotros experimentamos cuando la pesadilla ó la fiebre nos muestran sus fantasmas, es el de perder la razon, y cuanto mas seguros nos hallamos de que estamos siendo presa de un sueño, tanto mas se nos figura que no podemos sustraernos á él por un simple esfuerzo de la voluntad. Muchos se han vuelto locos por el temor de serlo. Los campesinos no tienen esta angustia; creen haber visto objetos reales, tienen mucho miedo, pero como conservan la conciencia de su lucidez, la alucinacion es para ellos menos peligrosa que para nosotros. Por otra parte no es la alucinacion la única

causa de que yo me incline á admitir hasta cierto punto las visiones nocturnas. Creo que hay una multitud de pequeños fenómenos de la noche, explosiones ó incandescencias de gas, condensaciones de vapores, ruidos subterráneos, espectros celestes, pequeños aerolitos, hábitos extraños y no observados, aberraciones entre los animales, mil cosas en fin, afinidades misteriosas ó perturbaciones súbitas de la naturaleza que los sabios observan por acaso y que los campesinos en su contacto perpetuo con los elementos señalan á cada instante sin poder explicarlas.

¿Qué podemos pensar, verbigracia, de esa creencia sobre los loberos? Creo que existe en todos los países, y se halla muy esparcida en Francia; es el último vestigio de la creencia en los licántropos. Los loberos no son ya aquellos capitanes de cuadrillas de diablos que se cambiaban en lobos para devorar niños; son hombres misteriosos, viejos leñadores, ó antiguos guardas-campestres que poseen un secreto para hechizar, someter, domesticar y guiar á los lobos verdaderos. Conozco muchas personas que han visto á los primeros resplandores de la luna en la encrucijada de los

cuatro caminos, al *tio fulano* que iba solo y de prisa seguido de mas de *treinta lobos*, (la leyenda dice siempre mas de treinta, nunca menos). Una noche dos personas que me lo han contado, vieron pasar por el bosque una cuadrilla muy grande de lobos; se asustaron y se subieron á un árbol desde donde distinguieron á los lobos que se pararon á la puerta de un leñador que tenia reputacion de brujo: el leñador salió, les habló y se paseó en medio de ellos, y los lobos se dispersaron sin hacerle nada. Esta es una historia de aldeanos, pero dos personas ricas, de buena educacion y que vivian cerca de sus bosques donde cazaban á menudo, me han jurado *por su honor*, que una vez vieron á un guarda-campestre parado en una plazuela solitaria haciendo ademanes muy extraños; las dos personas se ocultaron para observarle, y á poco rato vieron llegar trece lobos, entre los cuales habia uno que era enorme, y que se fué derecho al guarda y le hizo mil caricias; el guarda silbó á los demás como si fueran perros y se metió con ellos en el bosque. Los dos testigos de esta escena singular no se atrevieron á seguirle y se quedaron atónitos y espantados. Esta alucinacion simultánea tiene una aplicacion nada cómoda.

No hablaré aquí de lo que llaman en los campos el *secreto*, porque la digresion seria muy larga. Me limitaré á decir que hay un secreto para todo y que casi todos los campesinos de alguna esperiencia poseen el secreto de alguna cosa y por consiguiente son brujos y creen serlo. Hay el secreto de los bueyes, que poseen todos los buenos boyeros, el de las vacas que pertenece á las buenas vaqueras; el secreto de las pastoras para hacer que crezca la lana, el de los alfareros para que los pucheros no saquen una raja en el fondo, el de los curas que hechizan las campanas contra el granizo, el del dolor de cabeza y el del dolor de tripas, el del fuego para contener el incendio, el del agua para hallar los cadáveres de los ahogados, en una palabra, hay tantos secretos como males en la naturaleza y como enfermedades entre los hombres y los animales. El secreto pasa de padre á hijo ó se compra por dinero, pero nunca se descubre; quizás la facultad de guiar los lobos es un secreto como los otros.

Una de las escenas nocturnas cuya creencia se halla mas esparcida por los campos es la de la *caza fantástica*, que tiene tantos nombres como cantones hay en el universo. En mi país la llaman la *cacería en asnos*, pues segun dicen va acompañada de los grotescos sonidos de una recua de burros rebuznando. Cada cual puede figurársela á su modo, pero segun nuestros campesinos es una cosa que se oye y que no se ve, es una alucinacion ó un fenómeno acústico. Voy á explicarla del modo vulgar, como la explicaria un campesino. En los últimos dias del otoño, cuando los grandes huracanes dispersan las bandadas de aves de paso, se oye en la noche el inmenso



Las lavanderas nocturnas.

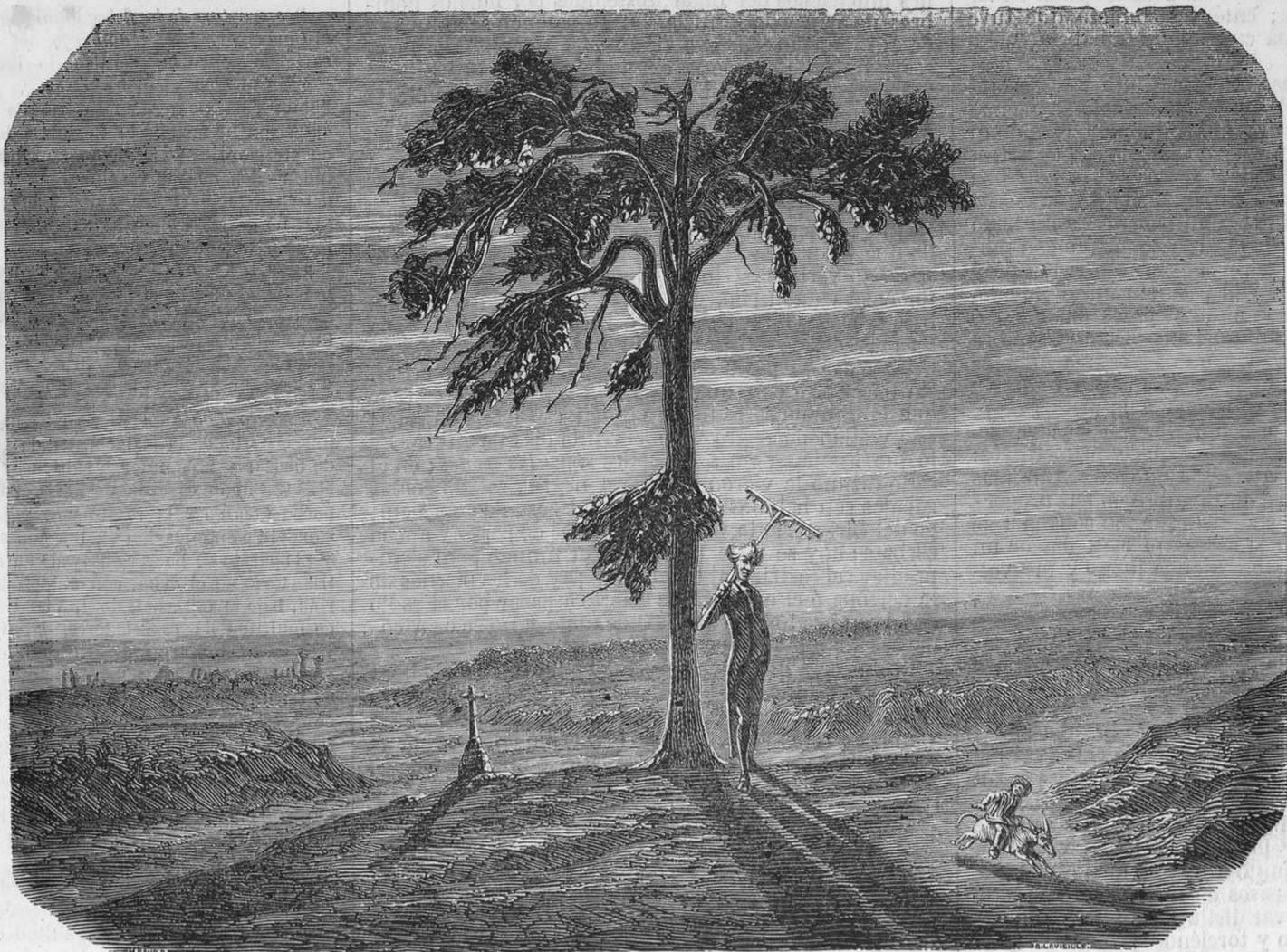
clamor melancólico de las grullas y de los gansos silvestres; pero los campesinos á quienes todos hacen tan crédulos y tan poco observadores, no se engañan, saben muy bien el nombre y conocen muy bien el grito de las aves forasteras en nuestros climas que se encuentran perdidas y dispersas en las tinieblas. La *cacería fantástica* no se parece á esto; ellos la oyen á menudo, pero yo que he vivido largo tiempo en los campos, no la he oido nunca; á veces su paso se conoce en la aparicion de dos lunas; yo tengo mala suerte, pues jamás he visto otra que esa vieja luna que todos conocemos.

El toro blanco, el becerro de oro, el dragon, el ganso, la gallina negra y otra porcion de animales fantásticos, guardan como es sabido en todos los países, los tesoros escondidos. A media noche, en la fiesta de Navidad, cuando tocan á misa, esos guardas infernales pierden su poderío hasta el último sonido de la campana, y esa es la única hora en todo el año, en que se puede conquistar el tesoro oculto. Pero ántes es preciso saber donde está y hay que tener tiempo para abrir la tierra y sacarle: si el que busca se halla sorprendido en el

cogerlos por los cuernos, y sin embargo, hace siglos que las gruesas piedras druidicas bailan y rechinan sobre sus cimientos durante la misa del gallo, para despertar la avaricia de los que pasan.

En nuestros valles, cortados con grandes llanuras fértiles, un animal indefinible se pasea por la noche á ciertas épocas indeterminadas y se va al rededor de las granjas espantando al ganado. Los perros ladran furiosos y huyen cuando se aproxima, y las balas no le alcanzan. Esta aparicion y el terror que inspira ha perdido muy poco en nuestra comarca y todos nuestros labradores, todos nuestros criados creen haberla visto. Por tradicion la llaman el *animal grande*, aunque muchas veces toma formas pequeñas; unos han visto la aparicion en forma de perro grande como un toro, y otros como una liebre ó una oveja. Los que hablan con mas sangre fria, dicen la persiguieron sin miedo, sin atribuirle ningun poder fantástico, pero no la describen de un modo preciso, pues aseguran pertenece á una especie desconocida en la comarca que no es ni un perro, ni un toro, ni una liebre, pero que se parece á todo esto: ellos se entienden.

Sin embargo, estoy cierto de que este animal se aparece, sea al estado de alucinacion, ó de vapor flotante y condensado bajo ciertas formas, pues le han visto personas demasiado sinceras y razonables para que yo me atreva á decir que su vision ha sido puramente imaginaria. Los perros le anuncian con aullidos desesperados y huyen en cuanto se presenta, esto es un hecho: ¿se alucinan tambien los perros? ¿por qué no? ¿son ladrones que se introducen por ese medio? Pero jamás el animal ha robado nada. ¿Son personas que se divierten con esto? Sin embargo, se han disparado tantos tiros contra la aparicion que por casualidad y á pesar del miedo que hace temblar la mano, alguna vez habrian logrado matar ó herir á alguno de esos supuestos fantasmas. Por último, este género de aparicion, si no



El señor del olmo Rastrillo.

es mas que el resultado de la alucinacion, hay que convenir en que es eminentemente contagioso. Por espacio de quince ó veinte noches, los veinte ó treinta habitantes de una granja, ven la aparicion y la persiguen, y de allí pasa á otra pequeña quinta, donde la ven lo mismo que en la primera, hasta que da la vuelta á toda una comarca despues de haber producido ese contagio en un crecido número de habitantes.

Peró he aquí la mas espantosa de las visiones de la noche; al borde de los charcos de aguas estancadas, en los matorrales lo mismo que al lado de las fuentes y en las hondonadas, se oye en medio de la noche el ruido precipitado y furioso de las lavanderas. En muchas provincias creen que evocan la lluvia y llaman la tempestad haciendo volar al cielo con su paleta el agua de los manantiales y de los pantanos. En mi país es mucho peor aun, pues machacan y tuercen algun objeto que parece ropa blanca, pero que visto de cerca es siempre el cadáver de una criatura. Y cuidado con observarlas ó incomodarlas, pues aunque el observador fuera un atleta se apoderarian de él y moriria retorcido ni mas ni ménos que una servilleta.

Varias veces he oido el ruido de las lavanderas fantásticas que resonaba en el silencio de la noche á la orilla de los estanques; es una especie de rana la que produce este ruido formidable, pero entristece el hacer este pueril descubrimiento, pues ya no se puede esperar la aparicion de las terribles brujas torciendo sus inmundos harapos á la bruma de las noches de noviembre. Un amigo mio, hombre de mas talento que sensatez, pero algo aficionado á la bebida, valiente sin embargo ante las cosas reales y que se deja vencer por la influencia de las leyendas del país, se encontró dos veces con las lavanderas.

Una noche á eso de las once, vió al borde de una fuente junto al barranco de Ormous, una vieja que lavaba y torcia en silencio; aunque la fuente no tiene buena fama, no vió en esto nada de extraordinario y dijo a la lavandera:

— Muy tarde estais lavando buena anciana.

La vieja no respondió, y él creyéndola sorda se acercó á ella. La luna estaba muy clara y la fuente brillaba como un espejo. Entónces pudo ver distintamente las facciones de la vieja; le era del todo desconocida y lo extrañó, porque viviendo siempre en los campos no habia para él rostro desconocido en muchas leguas al contorno.

He aquí como me contó sus impresiones en frente de aquella labradora que estaba muy alerta:

« No pensé en la tradicion de las lavanderas nocturnas sino despues que la hube perdido de vista; ántes de encontrarla no creia yo en semejante cosa, de modo que sin el menor temor me acerqué á ella. Pero en cuanto estuve á su lado, su silencio, su indiferencia al aproximarse un transeunte la dieron el aspecto de un ser absolutamente extraño á nuestra especie. Si la vejez la privaba del oido y de la vista, ¿ cómo habia tenido fuerzas para venir de lejos sola y se habia puesto á lavar á tales horas en aquella fuente helada donde trabajaba con tanta fuerza y actividad? Esto por lo ménos era muy digno de notarse. Pero lo que me sorprendió mas todavía, fué lo que experimenté en mi mismo; no tuve ningun miedo, pero sí una repugnancia invencible; seguí mi camino sin que ella volviera la cabeza y hasta que llegué á mi casa no pensé en las lavanderas de la noche; entónces confieso que tuve mucho miedo, y por nada en el mundo habria vuelto á la fuente. »

Este mismo sujeto pasó otra vez junto á los estanques de Thevet á eso de las dos de la mañana, viniendo de Linieres, donde asegura que no habia comido ni bebido, circunstancia de que no saldria yo garante; iba solo, en cabriolé y seguido de su perro. Como su caballo estuvo muy cansado, se apeó en una cuesta y se encontró á la orilla del camino cerca de un hoyo donde habia tres mujeres lavando y torciendo con mucha actividad, sin decir una palabra. Su perro se pegó de repente á él sin ladrar, y él pasó sin mirar mucho, pero apenas habia andado algunos pasos cuando oyó que le seguian y la luna dibujó á sus piés una sombra muy larga. Se volvió y vió que le seguia una de aquellas mujeres, en tanto que las otras dos venian á cierta distancia como para sostener á la primera.

« Esta vez, dice, me acordé muy bien de las lavanderas pero experimenté otra emocion que la primera vez: las tres mujeres eran tan altas y la que me seguia mas de cerca se parecia tanto á un hombre en sus proporciones, en su figura y en su andar que me convencí de que algunos tunantes de la aldea querian darme un susto. Llevaba un buen garrote en la mano y me volvió diciendo:

— ¿ Qué me queréis ?

« No recibí ninguna respuesta, y no viéndome atacado, y no teniendo pretexto para atacar yo, marché hácia mi cabriolé que estaba muy delante con aquel sér desagradable detrás de mí, que nada me decia y que parecia estarse divirtiendo conmigo. Yo llevaba siempre el garrote prevenido para romperle la cabeza si me tocaba, y de este modo llegué á mi cabriolé con mi perro, que sin haber ladrado un solo instante, se apresuró á saltar conmigo. Entónces me volví, y aunque no habia dejado de oír los pasos y habia visto una sombra constantemente junto á mí, no distinguí á nadie, pero á unos treinta pasos de distancia en el sitio en que las habia visto lavar distinguí á las tres endiabladas saltando, bailando y torciéndose como unas locas á la orilla del barranco. »

Yo doy aquí esta historia en lo que vale, pero me la

contaron de buena fe y la garantizo; el lector podrá ponerla en parte, en el capítulo de las alucinaciones.

Voy á concluir hoy con la leyenda del olmo Rastrillo, árbol magnifico que dicen existia ya grande y corpulento en tiempo de Carlos VII. Como es un olmo no tiene de lejos mucha apariencia y sus ramas figuran un poco la forma del rastrillo, cuyo nombre lleva. Pero esta es una coincidencia fortuita con la leyenda tradicional que le bautizó; de cerca es imponente por su alto tronco, surcado por el rayo, y plantado como un monumento en una plazoleta de caminos vecinales. Estos caminos, anchos como praderas, incesantemente rapados por el ganado del proletario, tienen una yerba corta entre la que crecen en toda libertad las zarzas y los cardos. La llanura se distingue desde allí á grande distancia, triste y solemne á pesar de su fertilidad. Una cruz de madera se halla plantada sobre un pedestal de piedra que es el último vestigio de cuatro estatuas muy antiguas que desaparecieron cuando la revolucion del 93. Este adorno monumental en un lugar tan poco frecuentado, atestigua un respeto tradicional, y los aldeanos de la comarca tienen tal opinion sobre el olmo Rastrillo, que pretenden que no se puede derribarle porque está sobre la carta Cassini. Pero este camino vecinal abandonado hoy á los que van á pié y que rara vez suele atravesar el caballo de un molinero ó de un gendarme, fué en otro tiempo una de las grandes vias de comunicacion de la Francia central; aun en el día le llaman el camino de los ingleses, pues era el camino militar por donde pasaron los ejércitos de invasion, y que Duguesclin les hizo volver á tomar mas que de prisa despues de haber libertado Santa Severa, la última fortaleza de su ocupacion.

Este detalle no se halla consignado en ninguna historia, pero ahí está la tradicion que lo dice, y ahora he aquí la leyenda del olmo Rastrillo, que es muy bonita, á pesar de la naturaleza de los animales que en ella representan su papel.

Un mozo que estaba guardando una piara de cerdos al rededor del olmo Rastrillo, miraba hácia la Châtre, cuando vió correr una cuadrilla de gente armada que devastaba los campos, quemaba las chozas, degollaba á los aldeanos y robaba las mujeres. Eran los aldeanos que bajaban sobre el Berry y que iban á destrozar S. Chartier. El porquero alejó sus cerdos, se mantuvo á cierta distancia y vió pasar al enemigo como un huracán. Cuando volvió bajo el olmo con su piara, el miedo que habia sentido se cambió en ira contra los ingleses y contra sí mismo.

— ¿ Cómo, decia, nos dejamos matar así sin defendernos? Es mucha cobardía; es preciso marchar adelante. Y acercándose á la estatua de S. Antonio que era una de las cuatro que habia al rededor del olmo, exclamó:

— Buen San Antonio, tengo que marchar contra los ingleses y no puedo perder tiempo en llevar el ganado, porque entretanto esos picares nos harian mucho mal; toma mi palo, buen santo, y cuida de mis cerdos durante tres dias y tres noches, te los doy á guardar.

Y sin otra cosa, el mozo puso su azada de porquero (que es un palo corto con un triángulo de hierro á la punta) en las manos del santo, y arrojando sus zuecos corrió á S. Chartier donde durante tres dias y tres noches hizo destrozos en los ingleses ayudado por los buenos muchachos del lugar, sostenidos por buenos hombres de armas de Francia. Luego, cuando se abuyentó de allí al enemigo, se volvió á su piara, contó sus puercos y no faltaba uno, y sin embargo muchos rateros habian pasado por allí y tambien muchos lobos atraídos por el olor de la carnicería. El mozo tomó de manos de San Antonio su cetro rústico, le dió gracias de rodillas, y contento con lo que habia hecho siguió guardando sus cerdos como ántes; este mozo era humilde.

Otra tradicion mas confusa atribuye al olmo Rastrillo una influencia ménos benigna; algunos niños, presa de un vértigo terrible, tuvieron la horrorosa idea de jugar su vida al tejo, y enterraron vivo al que perdió, bajo la piedra de San Antonio. Pero he aquí la leyenda mas acreditada sobre el olmo Rastrillo.

Un señor se pasea en su derredor todas las noches, sin hacer otra cosa que dar vueltas. Ahí se le ve desde que el mundo es mundo; ¿ quién es? nadie lo sabe; está vestido de negro y tiene veinte piés de altura. Es lo que se llama un señor, pues sigue las modas; en el siglo último le vieron de casaca negra, calzon corto, zapatos con hebillas y la espada al costado; en tiempo del Directorio le vieron con orejas de perro y ancha corbata; hoy se viste como todo el mundo pero siempre lleva el rastrillo al hombro, y ¡ ay de las piernas de la persona ó el animal que acierte á pasar por el radio de su sombra! No tiene fama de malo y no se da á conocer sino á los que están en el secreto.

El que crea que vaya á verlo; yo he estado á la hora solemne en que sale la luna, le he llamado señor mio con mucha urbanidad, y repetidas veces, pero no ha venido; á esto me dicen que el señor no gusta de chanzas y que para verle es preciso tenerle miedo.

JORGE SAND.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

Proyecto de comunicacion eléctrica submarina entre Europa y América. — El gran proyecto, que por espacio de mucho tiempo está ocupando á todos los hombres científicos de los

Estados-Unidos, es el de establecer una comunicacion eléctrica submarina entre América y Europa. El teniente Maury, que es una autoridad en la ciencia, dice hallarse perfectamente convencido de la posibilidad de establecer aquella comunicacion por la via de Terranova ó Irlanda; y ha expuesto las bases de su pensamiento en una memoria presentada al ministro de Marina del gobierno de Washington.

De Terranova á Irlanda, en una distancia de mil millas, el fondo del mar es una meseta dispuesta especialmente para punto de apoyo de los alambres de un telégrafo eléctrico. Es bastante profundo para que no toque al fondo de las montañas de hielo ó hielos flotantes, y no lo es demasiado para que dificulte la colocacion de los alambres conductores: en dicho fondo no hay corrientes sensibles ni agentes corrosivos en accion, y las aguas están tan poco agitadas como en un estanque. Estos hechos han sido reconocidos por los sondeos que prueban que el fondo está cubierto de cáscaras microscópicas sin ninguna molécula de arena ni cascajo.

La accion de los vientos y de las corrientes no se extiende pues á aquella profundidad, y por consecuencia colocado una vez el alambre conductor en el fondo estará tan al abrigo de cualquier evento, como si estuviese encerrado en una caja. En resumen, de Terranova ó del cabo situado al Norte del estrecho de Belle-Isle hasta Irlanda, el establecimiento del telégrafo no encontrará dificultad. De Belle-Isle á la tierra de Labrador todavía serán menores los obstáculos.

Con objeto de acelerar la realizacion de este colosal proyecto que prestará incalculables servicios á la América, se ha propuesto al gobierno de los Estados-Unidos que ofrezca un premio nacional á la compañía que primero haga pasar una señal telegráfica á través del Océano.

Aplicacion de la electricidad al tratamiento de las enfermedades. — El *Monitor de los Hospitales* acaba de publicar una memoria del mayor interés, presentada á la Academia de Ciencias por el doctor Boulu, médico del Emperador. Este escrito versa sobre un nuevo modo de aplicar la electricidad al tratamiento de las enfermedades, con la descripción de aparatos nuevos por medio de los cuales ha conseguido localizar y dividir en dosis el fluido eléctrico, de modo que su aplicacion es suave, fácil y soportable á todos los enfermos. Estos varios aparatos consisten:

1º En una ventosa eléctrica destinada á aplicar la electricidad en el vacío para resolver los infartos, las induraciones linfáticas, y ciertos tumores en el seno.

2º En esponjas eléctricas con forro metálico para la curacion de los dolores reumáticos y nevralgias.

3º En un saco eléctrico con corrientes derivadas, destinadas á dividir y conducir el fluido eléctrico á todas las partes del cuerpo, con objeto de combatir las parálisis, la muerte aparente causada por asfixia, submersión, estrangulacion, etc.

Estas diversas invenciones, que constituyen un verdadero progreso en la ciencia eléctrica, serán un poderoso auxilio para la terapéutica.

Curacion de la inmovilidad. — Dos profesores del instituto imperial de Viena, segun manifiestan los periódicos de aquella capital, han descubierto el modo de curar la terrible enfermedad de la *inmovilidad*, que era casi incurable. Varias operaciones, coronadas de un éxito dichoso, les ha probado que la del trépano es la mas eficaz para el caso de cuantas pudiesen emplearse. La perforacion se hace en los frontales directamente y á nivel de los huesos etmoidales. Esto prueba además, que la *inmovilidad* proviene de una lesión, ó mas bien de una compresion del cerebro.

Preservativo de la fiebre amarilla y del vómito negro. — En el *Corresponsal de Hamburgo* del 4 de febrero hallamos una carta de Méjico que contiene lo siguiente:

« Un médico alemán, M. H..., de 36 años de edad y que habita hace tiempo en Méjico, ha descubierto una serpiente cuyo veneno cuando se inyecta á los hombres tiene la virtud de preservarles de la fiebre amarilla y del vómito negro. La inoculacion de este veneno se opera del mismo modo que la del virus-vacuno; causa una fiebre que tiene todos los síntomas de la fiebre amarilla, circunstancia que parece militar en favor del invento.

« Muchos altos funcionarios y quinientos militares han sido inoculados en Méjico por M. H..., cuya invencion, si es realmente un preservativo contra las dos epidemias de que acabamos de hablar, seria un verdadero beneficio para las numerosas poblaciones que sufren ese cruel azote. En la primavera y el verano próximo se averiguará la verdad del caso. »

Aparato de bucear. — Se enseña actualmente en Lóndres una cisterna de cristal construida para manifestar un aparato de bucear y una linterna subacuática, aparatos inventados por M. St. Simon Sicard, de Paris, por medio de los cuales se puede mantener la respiracion y la combustion debajo del agua sin comunicacion alguna con el exterior.

El aparato de bucear ensayado en abril último con éxito satisfactorio en el Sena, con autorizacion del ministerio de Marina, bajo la influencia de M. Victor Grandchamp y á presencia de multitud de espectadores, consiste primeramente en un vestido y sombrero ordinario de buzo, pero hechos de las mayores dimensiones posibles atendida la corpulencia del buzo, de tal manera que pueda contener la mayor cantidad posible de aire atmosférico, en el peto, sombrero, etc. Además, en este vestido lleva el buzo á la espalda una caja del tamaño de una mochilla, en la que hay dos departamentos, lleno el uno de oxígeno puro, á la presion de seis atmósferas, y el otro conteniendo un compuesto químico que sirva par la absorcion del ácido carbónico espelido en el acto de la respiracion. El modo de operar es el siguiente:

El aire espelido pasa por medio de un tubo á este segundo departamento, en el que hay además del compuesto químico que hemos indicado, una multitud de telas metálicas desmenuadas á dividir el aire á fin de que haya mas mole en las de esta en contacto con las del compuesto químico. El ácido carbón-

co se combina aquí con este compuesto, y el azoe, quedando libre, pasa por medio de un tubo á encontrarse con una corriente de oxígeno puro que sale del otro departamento de la caja, y se mezclan en las mismas proporciones en que lo están en el aire atmosférico. Este cambio y circulación se sostiene ínterin haya oxígeno en el departamento y sustancia que absorba el ácido carbónico: estas provisiones se pueden aumentar aumentando el volumen de la caja ó encerrando el oxígeno á mayor presión. Por medio de un mecanismo ingenioso, la cantidad de oxígeno que ha de salir se regula con la mayor exactitud. El buzo tiene á su disposición la válvula de salida, ínterin su pequeño indicador, barómetro colocado en el sombrero, le indica y le sirve para regular la cantidad de oxígeno comunicado, y un pequeño silbato colocado cerca de su oído le avisa oportunamente por la cesación de su sonido, si el oxígeno está ó no próximo á concluirse.

La linterna subáerea es un precioso apéndice de este aparato, como que por su medio puede el buzo, aun en las noches mas oscuras, distinguir los objetos que se hallen á su alrededor, aun cuando no estén muy próximos. Esta linterna es una modificación de la que produce hoy por medio de una corriente de oxígeno ó hidrógeno sobre cal, encerrada en otra linterna perfectamente cerrada á su vez: el oxígeno mezclado de antemano con el hidrógeno y contenidos los dos en una caja bien fuerte á la presión de seis atmósferas. Las disposiciones para la trasmisión de los gases mezclados son análogas á los empleados en los microscopios iluminados por una corta influencia de oxígeno ó hidrógeno.

El aparato, que se enseña en el Royal Panóptico, ha sido construido por M. E. C. Hinke.

Nuevas anclas. — Todo el mundo sabe lo que es un ancla, y comprende su utilidad á bordo, puesto que la seguridad de la tripulación y del cargamento depende de la mas ó ménos solidez con que este instrumento se adhiera al fondo del mar para ofrecer al buque una resistencia suficiente. Han corrido los siglos y el ancla no ha sufrido alteración alguna en su forma, sirviéndonos de ella en el día tal cual ha sido inventada por los primitivos navegantes; hasta que se ha hecho en la misma la invención que vamos á describir á nuestros lectores; invención sumamente sencilla, y en la que parece imposible no se haya pensado en tanto tiempo. Consiste en hacer que los dos ganchos del ancla sean móviles de tal modo, que ambos puedan contribuir á sostener el bajel. Esto no es nada y es todo. Bastaba un rasgo de ingenio para descubrir un hecho tan sencillo. Cuando el ancla cae al mar no puede agarrarse, según el actual sistema, mas que por una de sus puntas; pero cualquiera que sea la dirección en que caiga según el descubrimiento de que nos ocupamos, sus dos puntas se adherirán simultáneamente al fondo por el hecho solo de ser móviles. Por consiguiente hay casi certeza de que no *garé*, como dicen los marinos, además de evitarse tambien con la nueva ancla los numerosos accidentes que la poca inteligente disposición de la antigua causaba, por tener siempre uno de sus ganchos al aire.

No necesitamos decir que la invención del señor Fernandez Martin ha sido aprobada completamente por el consejo de almirantes, y que ya las forjas se ocupan de confeccionar anclas según sus modelos. Dentro de poco todos los buques se surtirán de un instrumento que asegura el fondeo y proporciona ventajas tan notables y esenciales.

Descubrimiento de un nuevo combustible. — Escriben de Bélgica que despues de un trabajo continuo de muchos años, M. Van Gutsen de Neuxarin ha descubierto un procedimiento por medio del cual se puede componer con el polvo llamado *ulla* una especie de carbon que sostiene por mas tiempo el fuego que el carbon ordinario.

Se ha hecho un ensayo de este nuevo combustible á bordo del buque de vapor *Amicitia*.

Habiendo partido de Rotterdam el 30 de noviembre último con un cargamento de 75,000 kilogramos, este buque hizo el viaje en doce horas á pleno vapor, consumiendo en este tiempo 3,725 kilogramos de carbon solidificado (así se llama). Este buque emplea en el mismo espacio de tiempo 5,725 kilogramos de carbon inglés; hay, pues, una economía de 35 por ciento.

El mismo buque á su vuelta de Amberes á Rotterdam, comenzado el 14 de diciembre último, ha hecho el viaje á pleno vapor en ocho horas, quemando solamente 2,647 kilogramos de carbon solidificado, mientras que necesitaba para el mismo tiempo 4,500 kilogramos de carbon inglés: economía 41 por ciento.

Tambien se ha hecho un ensayo del carbon solidificado en el camino de hierro de Amsterdam á Utrech. El resultado ha sido una economía mayor aun, pues se acerca á un 50 por 100 sobre el *cok* ordinario.

La *ulla* preparada por el sistema de M. Van Gutsen produce, dicen, una llama clara y blanca; casi no da humo ni olor.

Papel fabricado con madera. — La sociedad imperial de Francia presentó en una de sus últimas sesiones la comunicación que habia recibido sobre el nuevo procedimiento de emplear la madera en la fabricación del papel. Según su autor, la primera operacion es la de descortezar el árbol, despues de lo cual se parte de modo que una máquina de triturar las maderas y tintorear pueda reducirlo fácilmente á pedacitos; estos se ponen á remojar en agua durante seis ó ocho dias, dejándolos secar despues.

El inventor atribuye la eficacia de su procedimiento á las aguas que emplea, y son las del rio Doller que corre en las cercanías de Mulhouse. Por medio de un molino harinero, se reducen á polvo muy menudo los pedacitos de madera ó astillas, y se mezclan con la pasta del papel, continuándose la operacion como se hace ordinariamente. Todas las maderas

blancas de álamo, tilo, sauce, etc., se prestan muy bien á esta aplicacion.

En el primer ensayo se ha hecho uso de un álamo de 30 cent. de diámetro, y se ha conseguido trasformarle en un papel perfectamente elaborado, cuyas muestras se manifestaron á los concurrentes.

Nuevo material para el calzado. — Se ha descubierto en Londres con el nombre de *pannus corium*, un material para el calzado que reúne todas las ventajas del cuero y del paño, excediendo al primero en duracion y flexibilidad, y al segundo en su aptitud para recibir toda clase de betun.

En realidad no es mas que el paño comun impregnado en un líquido que le hace mudar completamente de aspecto. Es un verdadero exterminador de callos y de ojos de gallo, cuyo origen es siempre la estrechez y dureza del calzado. Existen depósitos de este material en todas las principales ciudades de Europa.

La cueva de los Gigantes.

(MAMMOTH CAVE.)

La América del Norte no tenia ninguna maravilla que pudiera compararse con el Niágara cuando en 1848 unos mineros que trabajaban en las cavernas salinas del estado de Kentucky, se extraviaron en aquellos laberintos inexplorados hasta entónces, y allí permanecieron separados del mundo durante setenta horas. Gracias á los esfuerzos de sus camaradas salieron de aquel sepulcro, y vueltos en sí del espanto describieron los admirables descubrimientos que habian hecho en las entrañas de la roca, y estimularon el deseo de sus oyentes á entrar con ellos en la caverna; á estos atrevidos exploradores en las regiones subterráneas de la cueva de los Gigantes debemos la exacta descripción de esa maravilla incomparable.

La cueva de los Gigantes se halla situada en el condado de Edmondson, Kentucky, Estados Unidos de América á 120 kilómetros de Luisville y de Nashville no lejos del rio *Green* (verde). El paisaje que circunda la entrada de la caverna, es notable por una hilera de rocas peladas que de repente se allanan y forman un valle cubierto de encinas, olmos y nogales. Allí en medio se eleva una fonda espléndida para descanso de los viajeros que van á visitar la maravilla.

El orificio de la cueva está á doscientos pasos de la fonda, entre un bosquecillo de vegetacion abundante; un arroyuelo corre sin ruido al pié de cien escalones cortados en la roca por la mano del hombre, y sus aguas desaparecen en un abismo abierto por el gran arquitecto del mundo.

Allí principia para los viajeros esa serie de emociones que duran tres dias y dos noches, que es el tiempo que hay que pasar en la gruta americana. Los tres guías que dirijen la marcha por aquel laberinto subterráneo encienden antorchas de resina y las distribuyen á la redonda. El primer sitio que enseñan es la sala donde en 1823 los mineros de salitre descubrieron el esqueleto de un gigante, cuya estatura debió ser colosal en vida, pues sus huesos tenían ocho piés y medio de largo. Durante mucho tiempo permanecieron expuestos fuera de su tumba, pero los temores supersticiosos de los jornaleros hicieron que el dueño de la empresa mandara enterrar profundamente aquellos restos curiosos que ya el tiempo ha reducido á polvo.

A pocos pasos mas allá se ofrece á la vista una puerta carcomida, aunque sólida aun, que al abrirse deja escapar una corriente de aire tan fuerte que se apagan las teas; esta es la verdadera entrada de la gruta.

No pensamos seguir paso á paso al guía por la cueva, y vamos á limitarnos á describir los sitios principales de esa maravilla, única en su género. Bástenos decir que ese subterráneo natural que la mano de los hombres no tocó nunca, contiene 226 pasajes, 47 salas, 8 cascadas y 23 riachuelos ó lagos.

Al entrar se encuentra el vestíbulo estrecho que conduce á la galería de Audubon, paredes de piedra lisas como el marmol sin otro adorno natural que una cornisa de largas varillas sobrepuestas. Fué antiguamente un lugar de reposo, y los naturales que ocupaban el país antes de la colonizacion enterraban allí los cuerpos de aquella raza de gigantes que ha desaparecido en nuestros dias. La galería de Audubon tiene kilómetro y medio de larga y á su extremidad hay un pozo de 25 piés de hondo con un agua transparente como el cristal y en cuyo derredor se elevan columnas cuyas volutas se pierden en las tinieblas de la bóveda; á la derecha se halla el cuarto de los Murciélagos donde estos volátiles se refugian en el invierno.

Volviendo algunos pasos atrás se penetra en la galería Grande, vasto tunel de 16 metros de ancho sobre otros tantos de alto que conduce al *Kentucky Cliffs*, así llamados por su semejanza con las montañas perpendiculares de las orillas del rio Kentucky. Bajando unos veinte escalones se encuentra un vasto salon que en su forma y arquitectura parece una iglesia, y donde podrían reunirse cinco mil personas. En una de las paredes la naturaleza ha modelado un púlpito donde se llega por una galería lateral. Ya este lugar ha sido testigo muchas veces de ceremonias religiosas, y su acústica es tan extraordinaria, que un orador hablando con su voz natural produce tanto efecto como si gritara con todos sus pulmones. Una antorcha colocada en el sitio del altar basta para alumbrar esa iglesia, pues la llama

envia sus rayos á las puntas diamantinas de las estalágitas y las estaláctitas que reproducen ese brillo como las caras de una luna veneciana.

Al salir de esta capilla se encuentra la mina mas grande de salitre que hay en el mundo; su riqueza es verdaderamente inagotable.

La galería Gótica (*grabado* n.º 1) así llamada porque su aspecto se parece un poco al de la arquitectura de la edad media, llama la atención por su distribución grandiosa. Hace cinco años se veían allí todavía dos momias envueltas en pieles de gamo, con pinturas en el cuerpo; una de ellas pertenecía al sexo masculino y era de una estatura elevada y formas muy correctas. El exámen de los objetos que rodeaban aquellos restos humanos, que eran cuatro pares de macasines, dos sacos de diferente tamaño, cinco adornos de cabeza hechos con plumas de colores brillantes, dos silbatos y algunos utensilios caseros, probaron á los descubridores de aquellos esqueletos que ambos pertenecían á la raza india.

A pocos pasos de la galería Gótica se ve colgando una campana que al tocarla con un palo produce un sonido argentino. Un vándalo de Filadelfia rompió esta curiosidad que quizás era única en su género. Despues se encuentra la cuna de Luisa, — las Fraguas de Vulcano, y por último el aposento de los Recuerdos, donde los visitantes trazan sus nombres con el humo de su antorcha sobre las paredes blancas y brillantes de la bóveda.

La sala de las Estalágitas (*grabado* n.º 2) es uno de los monumentos mas notables de la gruta. No es posible formarse una idea de las bellezas que la naturaleza ha creado á cien metros debajo de la tierra; las caras de diamantes, los cortes mas finos de las esmeraldas, todas las maravillas del taller de un lapidario se encuentran acumuladas en la bóveda sobre las paredes y las esbeltas columnas de esta sala.

Mas allá el viajero se sienta en la silla del Diablo, pilar macizo, en cuya cúspide hay un sillón de piedra. Despues se ven los reductos de Napoleon, — la cabeza de Elefante, — el profundo agujero que llaman el Salto de los Enamorados, la cueva de las Sales, — y por último la cúspide de Annetti, donde se encuentra una admirable cascada cuyas aguas se pierden en un pozo sin fondo.

Por la galería Grande el visitante penetra en el salon de Baile, vasto circuito en cuyo centro se eleva una rotunda con columnillas que la naturaleza parece haber creado para una orquesta; el suelo liso y horizontal es propio para el baile. — A pocos pasos mas allá el visitante se baña los piés en la fuente de las Willis, en cuyo derredor los mineros ponen á los bueyes que les sirven en sus faenas y que viven allí desde hace quince ó veinte años fuertes y vigorosos, sin haber vuelto á ver la luz del día desde la hora en que entraron en aquel subterráneo.

A la derecha está el mausoleo del Gigante, roca monumental que parece un sarcófago, con almenas á los ángulos como un torreón de la edad media. Luego se penetra en el Recodo, tunel arqueado, adornado con estaláctitas multiformes que alumbrado por fuegos de Bengala ofrece un aspecto mágico. A la izquierda se encuentran los cuartos de los Enfermos, así llamados por sus propiedades curativas para las personas atacadas del mal de consunción. Son unas cincuenta celdillas amuebladas donde hay á veces reunidos quince ó veinte enfermos. Un médico y varios enfermeros habitan con los pacientes y les prodigan los cuidados necesarios.

A pocos metros mas allá de la última celdilla, se entra en el cuarto de las Estrellas (*grabado* n.º 3) que ofrece al ojo un efecto de óptica imposible de imaginar. La bóveda muy alta en ese sitio resplandece como si hubiera en ella todos los diamantes del cielo, y cuando la llama de las antorchas hace brillar todas aquellas constelaciones hay que bajar la vista ante aquellos rayos incandescentes. En medio de esta sala los indios expusieron en otro tiempo el cuerpo de uno de sus jefes. — Despues se atraviesan algunos pasajes de cuyas bóvedas cuelgan sustancias salinas que se columpian en largos copos y caen como la nieve en polvo, al menor soplo, al mas ligero movimiento.

Al pié de la catarata, ancha sábana de agua que entra por un embudo cuyo orificio espanta, el viajero se sienta á comer; es un lugar consagrado á este uso, donde todo parece dispuesto para ese fin, los bancos y la mesa que la naturaleza ha preparado y el cansancio que desde por la mañana abrió el apetito al visitante.

Continuando esta exploracion se llega al cuarto encantado del Solitario, especie de Alhambra donde las estalágitas reunidas con las estaláctitas toman formas admirables de delicadeza y de gracia. — Despues viene el Templo, inmensa rotunda que algunos viajeros encuentran de un aspecto mas grandioso que el San Pedro de Roma ó Santa Sofia de Constantinopla.

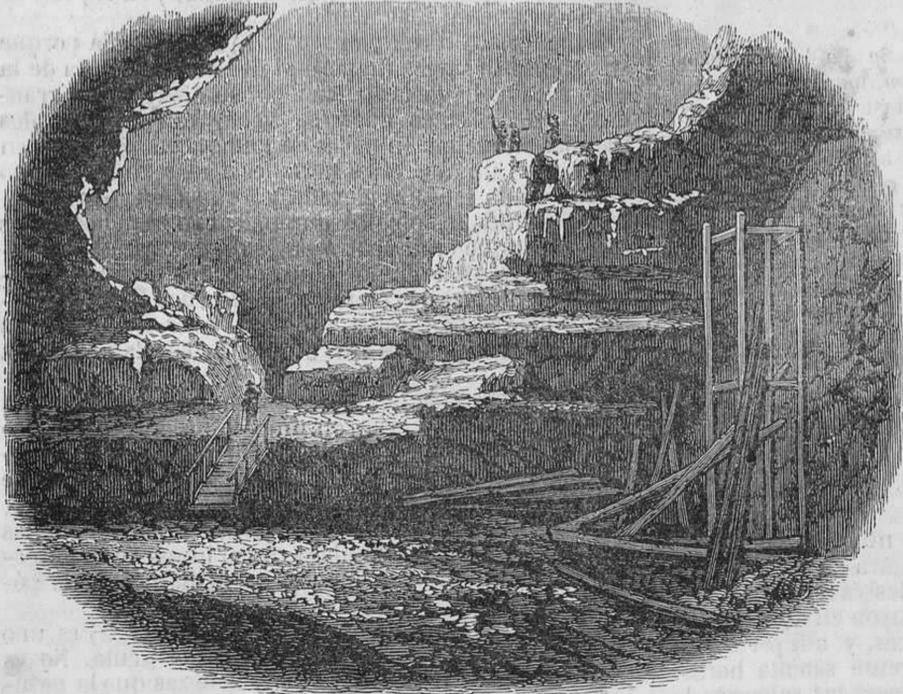
Aquí pasan la primera noche los que exploran la cueva de los Gigantes; cada cual se envuelve en una manta y se duerme con un sueño profundo.

A la otra mañana á las cinco, la caravana está ya en pié y se adelanta por las salas Desiertas, cuyo silencio de muerte solo se ve interrumpido por el ruido de los torrentes que ruedan por todas partes con estrépito. Por medio de unas escalas bien sólidas se entra en otra sala muy curiosa llamada la cúpula de Gorin que los resplandores de la llama de Bengala iluminan como si estuviera al aire libre. A la extremidad de este sitio encantado está el pozo sin fondo (*grabado* n.º 4) golfo

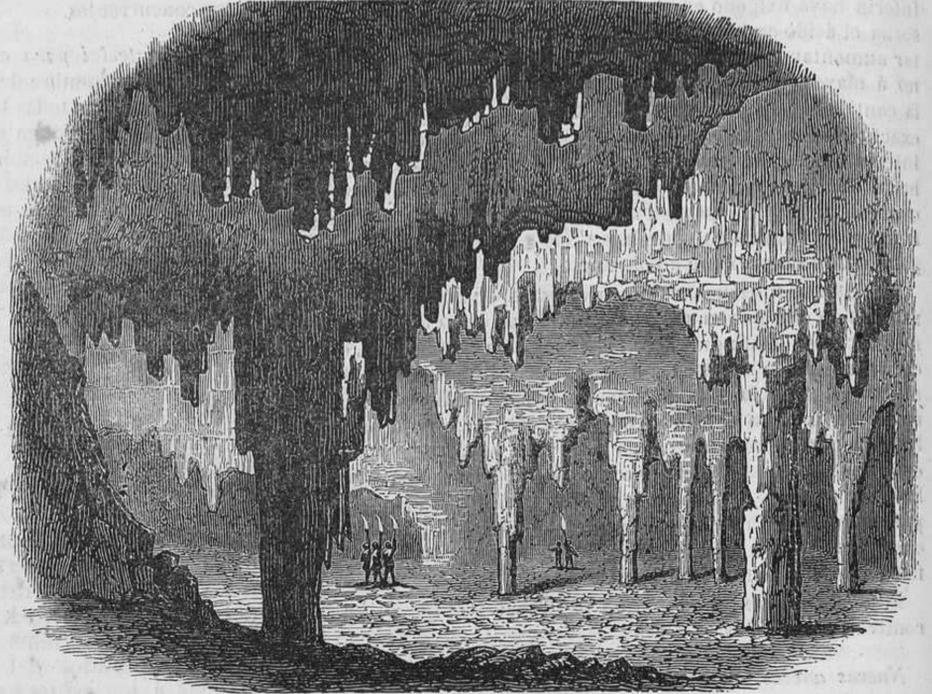
cortado en forma de herradura y en cuyo centro se adelanta una roca en forma de cabo. El guia arroja al abismo papeles encendidos que se pierden pronto de vista en la oscuridad.

Un puente lanzado sobre esa profunda grieta conduce á la galería de Péntico, tunel de 4 kilómetros de largo, que afecta en su arquitectura la forma gótica de ogivas prolongadas, y á cuya extremidad se en-

cuentra la zarza de Piñas, soberbia estalágmite cuyos contornos ofrecen la forma de esa fruta estimada. Luego vienen los senderillos serpentinicos que conducen á la parada del Bandido, que es una roca cónica á cuya



Entrada de la galería gótica.



Salon de las estalágmite.

cúspide sube el guia para producir un efecto teatral. Desde allí trepa el viajero por unas cuerdas con nudos hasta la cúspide gigantesca, donde se cena y se pasa la segunda noche.

En la tercera mañana se llega á las orillas del mar Muerto (grabado n° 5) sábana de agua que parece sin corriente, donde el guia pesca para almorzar una infinidad de pececillos pequeños que ofrecen la circunstancia singular de hallarse privados del órgano de la vista. Los viajeros entran en unas barcas que hay amarradas á la orilla y con las antorchas encendidas se aventuran sobre ese lago infernal. Al verlos se diria que la mitología no es una fábula; es Aqueronte haciendo atravesar la laguna Estigia á las sombras que le pagaron el óbolo obligatorio. A la derecha sobre una cornisa que se extiende sobre el mar Muerto los resplandores de algunas antorchas acaban de dar á ese cuadro una tinta verdaderamente satánica.

El viajero al llegar á la otra parte del lago encuentra una corriente rápida llamada el rio Eco que corre bajo una bóveda de solo tres piés de altura, y que cuando estalla una tempestad sus aguas se elevan de repente sobre su nivel acostumbrado, y obligan á los viajeros que se encuentran por aquella parte á esperar con paciencia á que pase aquella crecida. Hace poco se ha descubierto un paso superior, que por su pequeñez llaman Purgatorio. Una de las principales curiosidades de la cueva de los Gigantes, es sin contradiccion el gran número de esas corrientes, sin salida exterior, y cuyo origen y salida aun no se han descubierto.

Por los pasajes llamados el Ghor, — galería Silly-

man y galería Wellington se llega subiendo una escala de doscientos treinta piés al Eliseo, á cuya entrada corre una fuente de aguas sulfúricas y cuyas paredes se hallan cubiertas de estaláctitas que parecen brazos de

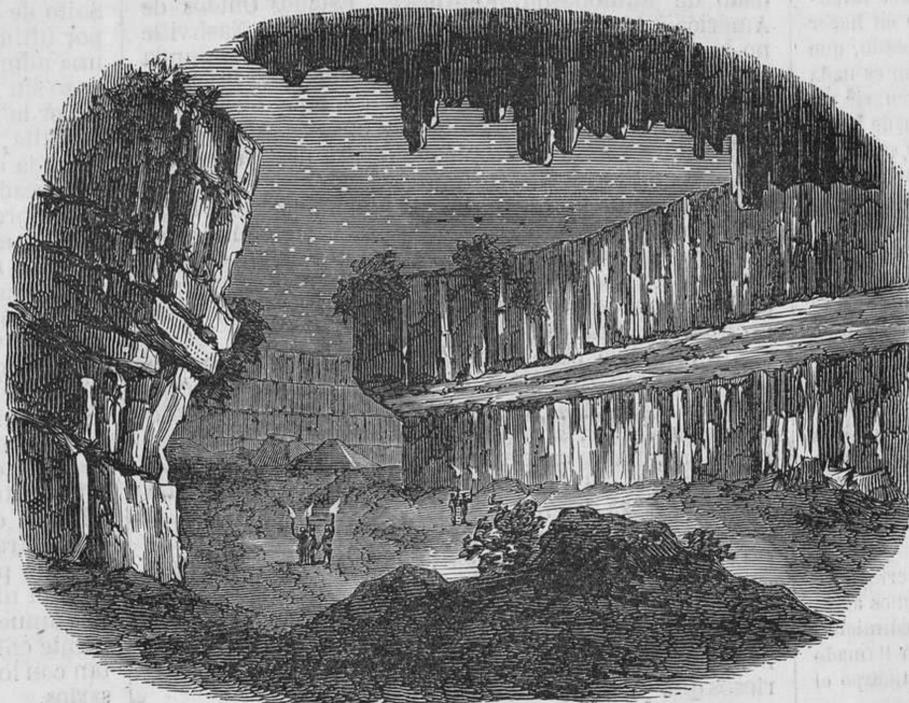
deja. Aquí las estalácticas han tomado sobre los lados la forma de largas colgaduras dispuestas con elegancia, y en el techo la forma de lámparas parecidas á las lámparas que cuelgan en la santa capilla.

El gabinete del anticuario Cleveland, es á los ojos de todos los viajeros la maravilla mas admirable de la cueva de los Gigantes. Aquí una imaginacion fecunda ve armaduras, cuadros, bajos relieves, curiosidades de mil clases, en fin un verdadero Museo de preciosidades de otras épocas.

Por la sala de las Bolas de nieve cuyo suelo se halla sembrado de estalágmite redondas y blancas como el alabastro, se llega á la caverna de las Montañas Pedregosas cuyo suelo está cubierto de enormes trozos de granito sobrepuestos, y á cuya extremidad se encuentra la sala Crogham, el último sitio explorado hasta hoy de la cueva de los Gigantes.

Tal es la descripción árida y seca de una de las obras maestras mas sorprendentes de la naturaleza americana, obra sin igual de la que uno de nuestros amigos ha reproducido algunas vistas con una fidelidad escrupulosa, á cuyo beneficio los lectores de nuestro periódico podrán formarse una idea de esa cueva extraordinaria en cuya visita es preciso emplear tres dias y dos noches. Ahora para complemento de esta pintura fiel, añadiremos que la maravilla del Kentucky no contiene reptiles ni animales dañinos, que el aire que en ella reina es tan puro que jamás hay que temer la descomposición ni la

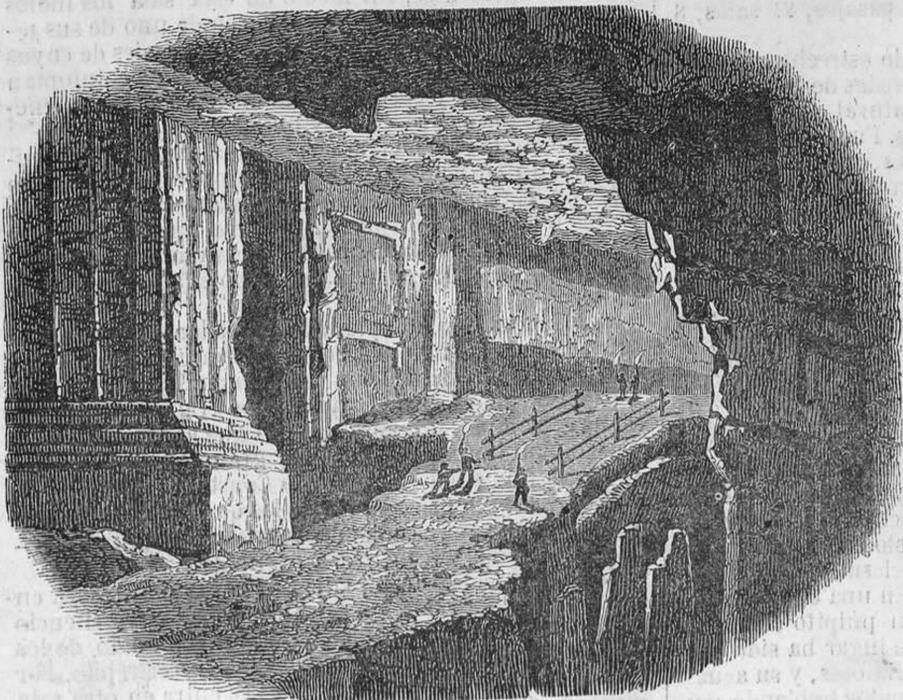
putrefacción de los cuerpos, y por último, que tienen buen cuidado de mantener en ella lumbre, de modo que su temperatura en invierno como en verano es de 59 grados, sistema Fahrenheit. B. H. R.



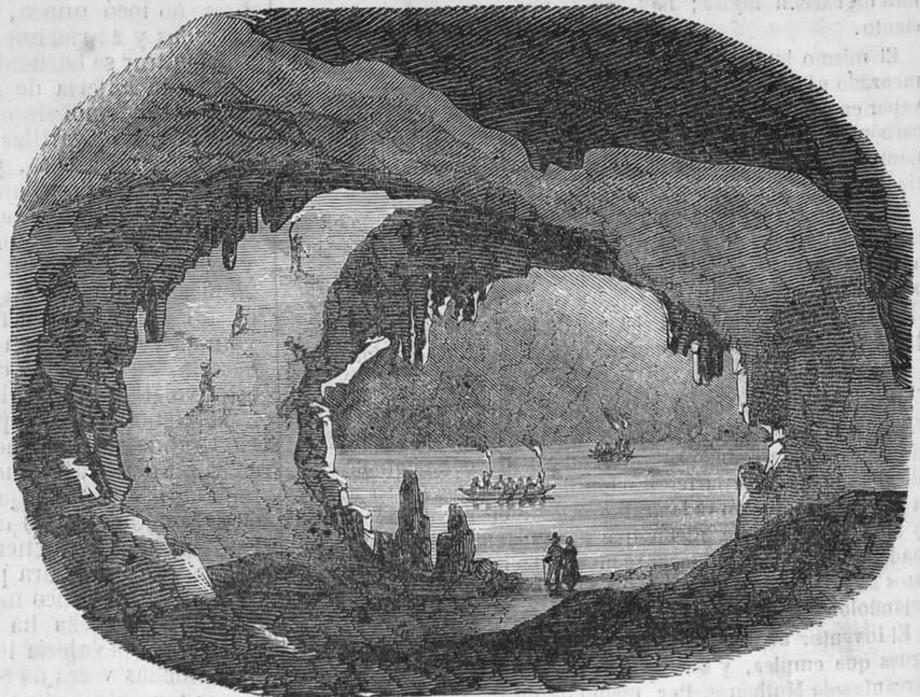
La sala de las Estrellas.

parra adornados con racimos; por eso se llama este lugar la viña de Maria.

Un poco mas allá se encuentra el Santo Sepulcro, imitación perfecta de la tumba de Jesucristo en la Ju-



El Pozo sin fondo.



El Mar muerto.